

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia

**EDICIÓN ESPECIAL:
LOS AÑOS MARAVILLOSOS**



CONTENIDO

| | |
|--|----|
| <u>Editorial</u> | 4 |
| INFORME ESPECIAL: LOS AÑOS MARAVILLOSOS | |
| <u>El síndrome del domingo por la noche</u> por Ana Arango | 6 |
| <u>En búsqueda de una historia</u> por Arturo Bedregal Barrera | 9 |
| <u>En busca de la paz perdida</u> por Olga Lucía Riaño | 13 |
| <u>De cómo un lugar nos enseñó a vivir y a soltar</u> por Mónica Perea Esparragoza | 16 |
| <u>«Veronia»</u> por Jairo Barbosa | 20 |
| <u>¿Qué más podemos pedir?</u> por Adriana Silva | 26 |
| <u>De la «Ciudad de la Furia» a la bella villa</u> por Ana Milena Godoy | 29 |
| <u>No hay quinto malo</u> por Maribel Rey Avendaño | 32 |
| <u>Un territorio que te elige</u> por Claudia Sterling | 34 |
| <u>Un lugar en el mundo</u> por Ricardo Rodríguez | 37 |

Director Fernando Cordovez

Editor Gustavo Mauricio García Arenas

Comité Editorial Ana María Echeverri, Arturo Bedregal

Revisión tipográfica Ángela García **Webmaster** Ana Arango

Fotografía portada GutenPhoto

Diseñadora Juana María Mesa Gandur

La villa que me enamoró
por Chila Trujillo 41

Villa de Leyva a Villa de Letras
por Gustavo Mauricio García Arenas
y Lucía Moncada 46

Para venir he nacido
por Fernando Baena Vejarano 50

Como sin querer queriendo
por Ana María Echeverri 53

No fue amor a primera vista
por Jerónimo Zornosa 55

Restauradora de la montaña y caminante
de esperanzas
por Rosa Suárez Prieto 59

Villa de Leyva, un punto de encuentro
de almas
por Isabella Recio Calero 63

LIBROS

El dilema de la novela Lactar:
qué hacer con la vida
por Darío Restrepo Vélez 65



Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com
+57 310 7114270

EDITORIAL

Llega septiembre, el noveno mes del año, y celebramos con alegría el tercer aniversario de *Conexión Zaquencipa*. En esta ocasión especial, participan algunos de nuestros colaboradores para compartir sus experiencias, vivencias y pequeños milagros en este mágico territorio. Me animo a usar la palabra «mágico», porque en varios de los textos de esta edición número 35, nuestros cómplices también la han elegido para describir este lugar entrañable.

Quizás la magia reside en la fuerza que tiene este territorio para atraer a tantas personas que buscan vivir en comunidad, con todo lo que esto implica: disfrutar juntos, aportar lo mejor de sí y servir desde el corazón. Y, por qué no decirlo, es aquí donde se nos permite soñar con un mundo más allá de lo establecido, que por tantos años quiso despojarnos de lo que realmente somos o quisimos ser.

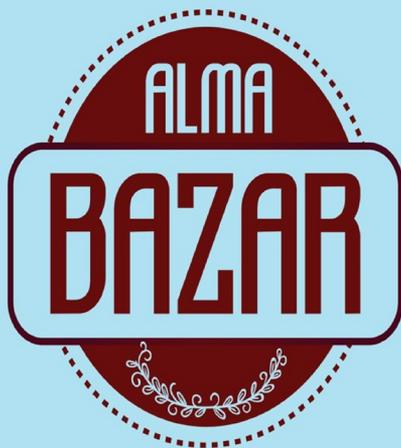
Hace algún tiempo, mientras deambulábamos por este valle, un amigo italiano atinó a decir: «Este territorio es un punto de encuentro».

El Alto Ricaurte parece encender siempre esa chispa de asombro en quienes lo habitamos, ya sea al encontrarnos con el atardecer, al descubrir un rincón misterioso o en la bondad de su clima. También en la imponencia de sus montañas, como animales prehistóricos, o en esta fantástica bóveda celeste que nos acoge y cobija noche tras noche.

Esta tierra nos invita a sentir y practicar la gratitud por haber elegido este hogar, por las maravillosas personas que encontramos en el camino, como si el destino las hubiera puesto ahí, como si hubiéramos esperado por ellas toda la vida; y siempre sorprendidos por su creatividad, cariño y alegría.

Y hablando de gratitud, expresamos un profundo reconocimiento al equipo, y a todos los colaboradores que hacen posible que, mes tras mes, *Conexión Zaquencipa* llegue a los corazones de nuestros lectores. También a quienes han apoyado este proyecto, para que siga siendo un espacio que nos invita a reflexionar y a celebrar lo fascinante de estar conectados con esta ancestral y entrañable región.

Gracias a nuestros lectores quienes nos dan la razón de ser. 



*“Ser artesano es
dejar que el*

ALMA

*salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

📍 Carrera 9 # 15A-05

📷 @almabazar.villa

📞 3208732538

El síndrome del domingo por la noche



Entre piedras

Por Ana Arango

A ver... ¿cómo lo explico?

Por las mañanas, cuando abro la ventana y veo dónde estoy, siempre me pregunto lo mismo... ¿Será que ya me morí y estoy en el paraíso? Es así de simple.

«Encontré grandes amigos que ya no son «igualitos» a mí... y eso me nutre, me sorprende, me enseña».

Y es que, como dice Mercedes Sosa en su «Canción de las simples cosas»: «Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida». Y después de pasar tantas vacaciones de infancia en la finca del Alto de los Migueles, un día volví, pero ya no de vacaciones. No lo planeé, no lo consulté con nadie... simplemente lo sentí, y sí, los pasos más firmes se dan con las piernas temblando, pero ahora y de todo corazón, espero que sea para quedarme.

Apenas llegué, el reloj inteligente —ese que en Bogotá era mi gran aliado para medir el sueño, las pulsaciones, avisarme de llamadas,

mensajes, pico y placa, *chats* y citas— empezó a estorbarme, dejé de vivir amarrada a un calendario que dicta cada paso, esperando que llegue el sábado, la quincena o la Navidad para sentirme viva. Nunca había pasado tanto tiempo sin zapatos. Todo lo que miro tiene verde. Hice las paces con las arañas y me uní al sistema local para lidiar con los alacranes: hablarles con cariño, atraparlos en un vasito y dejarlos, muy amablemente, en el jardín. He ganado en año y medio más amigos que en diez años en otro lugar, los *chats* del pueblo no paran de anunciar toda clase de cursos, talleres, conciertos, eventos, planes, lugares... y ¡quiero ir a todo! La gente de Bogotá se preocupa porque al vivir en un pueblo, puedo estar muy sola y muy aburrida (si supieran...).

«Nunca había pasado tanto tiempo sin zapatos. Todo lo que miro tiene verde. Hice las paces con las arañas».

Amo los temas de conversación y las situaciones diarias de la gente: el sapo en la puerta de la casa, el toro que apareció en el parqueadero, la oveja que se enredó con la llanta del carro y... ¡el regreso de las luciérnagas!

Encontré grandes amigos que ya no son «¡igualitos» a mí... y eso me nutre, me sorprende, me enseña. Aquí

todos han venido a hacer lo que les apasiona: la curadora de arte que lee la carta astral; la que estudió Ciencias Políticas y da la práctica de yoga más maravillosa del mundo; la arquitecta que pinta guadalupanas; la otra que lee el tarot; el abogado que, en medio de una caminata, se para de cabeza en la montaña a sus 68 años; el profesor que escribió *el manual del nimierdismo*; el coro de los que en el colegio nunca los dejaron cantar; las amigas que aúllan a la Luna llena; el veterinario que, entre su cocina con estufa de leña y recetas creativas, tiene listo el diseño de su soñado teatro celta en el bosque, la periodista que ayuda en las escuelas, la artista que aprendió flamenco y ahora va a clases de teatro y la diseñadora que es bombera voluntaria y DJ.



Roberto está parado de cabeza

Aquí uno deja la llave escondida... pero casi todos saben dónde está. Aquí funciona de maravilla la «mesa de la abundancia» y hasta es bien visto pedirle a los amigos que traigan su plato y cubiertos cuando somos muchos, con tal de no usar desechables. Es increíble, pero hoy siento más comodidad al sentarme en una piedra en la plaza que en una silla de cine en un centro comercial.

Un día dije en voz alta: «¿Cómo hago para que esta emoción que tengo nunca se me quite?». Y un gran amigo que lleva 16 años viviendo aquí, me respondió con autoridad moral: «Tranquila, sumercé..., ¡nunca se le va a quitar!... Respiré!».

Y así es. Estando en el colegio y en la universidad, vine muchas vacaciones y fines de semana, y sin saberlo tenía grabado en mi calendario interno que los domingos por la noche había que despedirse de la montaña, de la bella Villa y había que volver a Bogotá. No me había dado cuenta de eso hasta que noté que todos quienes me han venido a visitar repiten siempre la misma frase, mientras empacan la maleta: «Ay, noooo, no me quiero ir...».

Yo suspiro, los abrazo, y confirmo mi nuevo «síndrome del domingo por la noche»: una felicidad indescriptible, ganas de bailar, el corazón llenito, la emoción al tope, la energía vital que explota. Es la alegría de saber que ya no me tengo que ir, que el domingo también duermo aquí y que el lunes, otra vez, abriré la ventana y sonreiré... con esa misma certeza de siempre: que tal vez ya me morí. ☺



Desde la sala de mi casa

En búsqueda de una historia

Por Arturo Bedregal Barrera

Para quienes crecimos bajo el imperio gris de la ciudad, hay un empuje en la vida de campo del que algunos no podemos escapar. Puede ser el perfume del pasto fresco, la sinfonía de las aves en la madrugada o el simple hecho de sentirse menos abrumado cuando se mira un cielo que es profundo. Lo cierto es que, para ceder ante el hechizo de cambiar de vida, debe haber algún deseo cómplice o una idea alcahueta que nos obliga a movilizarnos. En mi caso, ese propósito fue la búsqueda de una historia.

«Las cenizas de ambos viejos están allí, bajo un árbol. Me complace mucho saber que tienen la mejor vista a las estrellas».

Desde pequeño me han gustado las historias: escucharlas, leerlas, comérmelas, prepararlas y contarlas. No creo que exista activo más valioso que una historia bien contada, bien preparada.

Al comienzo, el dibujo era mi forma preferida. Me la pasaba dibujando



Arturo en acción

en el colegio, tenía buena fama por ser excelente con el esfero, pero una muy mala para lo demás. Me tiré un año y el resto los pasé raspando o por misericordia de algunos profesores que entendían que lo mío no era pararles bolas en un aula con más de cuarenta pelados. Mi mamá, supongo por cosas de madre, siempre se sintió orgullosa de mis dibujos y le importó poco mi vagancia. Tanto así, que en un intento por dejarme mejor plantado, me sugirió que estudiara una carre-

ra que tuviera algo que ver con eso, y yo, en un intento de madurez y por ceder ante su preocupación, me decanté por el Diseño Gráfico.

Con el diseño no me fue mal, tuve la oportunidad de entender el valor de perfeccionar la técnica y madurar las ideas. En la universidad no fui el vago que fui en el colegio, e incluso me hice de algunos premios publicitarios y reconocimientos empresariales que para ese tiempo y ese gremio eran importantes. Pero lo cierto es que, lo que me enamoró, fue la capacidad de entender que los dibujos, las campañas, los logos y las imágenes eran fuertes solo si contaban buenas historias. Que la gente conectaba o no, según la historia, que una estrategia funcionaba o no, si estaba bien estructurada, como una buena historia... Me gustaba contar historias, pero ya no me gustaba para quién y cómo las contaba, mucho menos para qué. Me aburrí tremendamente de la intrascendencia de vender una gaseosa o engallar con cuentos un laboratorio, me fastidié de los discursos baratos que dibujan héroes en donde solo había compradores o guerreras legendarias donde no había más que una rutina irrelevante... Me refugié en Borges, en Gabo, me escondí detrás de ficciones y relatos antiguos; en obras de arte, en películas; en canciones, instrumentos y en recetas gastronómicas.

A mis padres siempre les gustó el campo. Mi viejo vino desde Bolivia (su tierra natal), un médico de los de antes, lleno de vocación. Mi mamá siempre fue muy bogotana,

de chocolate con queso en las tardes y ajiaco los domingos (paella para las fechas especiales). Le gustaba la poesía más que levantarse tarde... Tuvieron seis hijos, no todos tan vagos como quien escribe esta memoria. También tuvieron la grandiosa idea de hacerse con un poco de tierra entre Arcabuco y Villa de Leyva. Así, cada vez que alguno, o todos, necesitábamos una bocanada de libertad, nos veníamos a aguantar frío aquí, a prender fuego y a ver los atardeceres más imponentes del mundo... Aún escapamos a esa casa entre las montañas cuando necesitamos encontramos con algo o con nada. Las cenizas de ambos viejos están allí, bajo un árbol. Me complace mucho saber que tienen la mejor vista a las estrellas. Un buen día decidimos venimos a vivir aquí, entre las montañas.

**«El sueño que tuvo
nuestra madre,
de un lugar lleno
de pinturas, de
letras, de sabores,
de música, fue
cobrando vida
propia».**

Con la complicidad de Andrea, que siempre ha tenido el don de encontrarle lo bueno a todo (pueden incluirme). Seguimos trabajando remotamente, pero esperábamos que el cambio de ambiente sería más gratificante para ambos. La vida en la ciudad ya nos tenía fastidiados. Para ese entonces ya había



Arturo, Hernando y Andrea

confesado al mundo mi desfachata idea de abandonarlo todo para dedicarme a leer y escribir.

«Siempre me gustó la comida, pero el universo que se abrió ante nosotros fue abrumador».

Había una historia que me tenía cautivado y venía con el firme convencimiento de convertirla en novela (todavía conservo la esperanza)... Por los lados de Gachantivá está el lago de las coloradas, alrededor de su memoria se cuentan leyendas de lo más interesantes. Desde el primer día que lo vi, me imaginé campanas fantasmas que suenan desde las profundidades; historias de ayer,

que se funden con personas de hoy. Cuentos de brujas y de comuneros, chismes de caballeros campesinos y de viejos sueños rotos.

Visitamos el territorio una y otra vez, preguntamos aquí, allá. Investigué en cada rincón, comimos en varias casas, preparamos comida en otras tantas.

Vino la pandemia, se fueron los clientes, se acabaron las incursiones. Decidimos cocinar para otros. En su momento, un simple movimiento para hacerle jaque a las finanzas y al aburrimiento... La cosa se puso seria, nos enamoramos del proyecto y yo me obsesioné con la gastronomía. Siempre me gustó la comida, pero el universo que se abrió ante nosotros fue abrumador. Encontré en los sabores un lenguaje más profundo que el de

las letras... entendí que se pueden contar historias con recetas impactantes, que los ingredientes hablan de lugares y de culturas completas. Recordé que una buena historia conecta, y entre las llamas conecté con la mía, con la de mis antepasados, con la del territorio, con la de otros territorios. Ahora mismo soy un aprendiz de este lenguaje, uno muy profundo, que permite contar historias atemporales y absolutamente deliciosas.

Contagiado por el mismo hechizo, otro buen día, mi hermano se vino a vivir a estas tierras. Hernando, también un médico como los de antes, trajo en su equipaje un viejo propósito que teníamos en reposo. Ato (un proyecto cultural que

habíamos iniciado en Bogotá) se convirtió en Relato, literalmente. El sueño que un día tuvo nuestra madre, de un lugar lleno de pinturas, de letras, de sabores, de música, fue cobrando vida propia entre los atardeceres más bellos.

Aquí, entre bosques y desiertos seguimos buscando historias. Creemos que estamos construyendo algo para muchos, con propósito. No cambiamos nuestra vida para montar un simple restaurante o una tienda de libros... La entregamos para crear una historia y que otros puedan escribir la suya. Al final, creo que todos estamos en busca de una historia, y ese es el activo más valioso al que podemos aspirar. ☺



Librería y Centro Cultural Relato

En busca de la paz perdida

Por *Olga Lucía Riaño*

Me preguntan por qué llegué al territorio. Pues bien, esta es la historia. Soy desplazada. No, no es una metáfora ni una fantasía. Habíamos tomado la decisión de buscar calidad de vida y disfrutar de cada instante simple y desbordante que ofrece la naturaleza, sin afugias ciudadinas. Partimos hacia los llanos, maravillosos, vibrantes. Éramos felices, satisfechos, pero nos acorraló la violencia frenética, delirante y arrasadora. No teníamos más remedio que dejar todo atrás y partir. La casa de los sueños, el trabajo que redituaba alegrías, las lunas rojas, los morichales, la vaquería. Como pudimos, a escondidas y con miedo, salimos en busca de la paz perdida.

«Todos nos conocíamos, y si se quería un abrazo bien apretado, lo único necesario era llegar a la plaza».

Comenzamos a explorar el territorio del Alto Ricaurte. Nacho Ortiz, el pintor y ambientalista, fue nuestro



En un rincón de Sutamarchán, en busca de paz

vaquiano. Queríamos reconstruir la finca y la vida, de alguna manera. Al fin dimos con algo que tenía potencial, y como buenos colonos, nos asentamos en un rincón de Sutamarchán, rodeado de montañas terracota. Construimos la casa, con enormes ventanas para ver el paisaje, trajimos los muebles, nos acomodamos. De eso hace ya 20 años. Todo estaba listo, pero había que traer el corazón.

Los días fueron pasando y empezamos a encontrar, en la que entonces era aún una silenciosa, histórica y pequeña Villa de Leyva, personas y lugares que nos llenaron de ilusión. La Chichería del Pote, La Chocolatería de Carmencita, el café tertuliado del bar de los Franky o de Tartas y Tortas, la banca de los jubilados, el trancón social, los crepes

deliciosamente preparados por Remy, la creativa oferta de Índigo Galería, la bella casa de Zarina, el Comité de Artistas y Cocinarte, el cine mágico de Casa Quintero, arroz con lentejas o sopa de patacón en Savia, las sesiones de yoga y las clases adorables, las caminatas de los martes y las cabalgatas de Germán Zubieta y las de Norma Castelblanco, las ceremonias del laberinto de Fibas, las alegrísimas sesiones de baile de Javier, y los mil y un rituales que se encargaban de cultivar el espíritu y de abrir la mente a muchas dimensiones.

«Al fin dimos con algo que tenía potencial, y como buenos colonos, nos asentamos en un rincón de Sutamarchán».

Todo generosamente entregado, amablemente inventado, para el goce de amigos y vecinos. Millones de motivos para reunirnos y reírnos hasta más no poder, mientras se estrechaban los lazos en una hermandad cómplice, humana y, por qué no, con un toque de bohemia, que aún hoy persiste un poco en retaguardia. Charlas eternas, amigos soñadores que rompieron los esquemas. Nuestras casas con diseños especiales, llenas de ingeniosidad bucólica. No se buscaban acabados, pero sí significado. Cada una original, cada una con un sello muy personal.



Todos nos conocíamos, y si se quería un abrazo bien apretado, lo único necesario era llegar a la plaza; con seguridad, allá alguien te envolvía con un cariño cálido y esperanzador. Lo único *fashion* en aquella Villa era lo no *fashion*, lo propio, lo original.

Recuerdo, por ejemplo, el paro campesino de 2013. El tal paro que nunca existió. Estábamos bloqueados, sitiados, podría decirse. Pero resistimos, compartimos de muchas formas, y no dejamos que nuestra voz se apagara. En la señorial plaza, sin parlantes ni estropicio, en un soleado día de agosto, de cielo azul profundo, vestidos de blanco y llenos de sana energía, nos reunimos todos, aunque nadie de fuera nos viera, para defender el campo, la Tierra, nuestra Gaia, para clamar por la vida que rueda en cada escorrentía y que el progreso quiere detener. Allí estábamos, solidarios, quizás inocentes, pero con las almas limpias.

Entonces, así avanzaron los años, entre buenas cosas, entre buenas gentes; algunos partieron

y los extrañamos. La vida se había encargado de tomar su rumbo. Siguieron los cambios y las transformaciones. Hoy somos distintos, no hay duda; el terruño es ahora un poco ajeno, pero nosotros, en aquellos de días de desarraigo, habíamos encontrado en Zaquencipa otro lugar de sueño y estábamos de nuevo en paz. ☺



Paro campesino de 2013



©Juana Mesa

Atardecer en Villa de Leyva

De cómo un lugar nos enseñó a vivir y a soltar



Simón, Mónica, Catalina, Gabriel y Sebastián

Por Mónica Perea Esparragoza

Hay lugares que uno visita y olvida, y otros que, sin pedir permiso, se instalan en el alma para siempre. Recuerdo una canción infantil de un programa de televisión que decía algo así: «Uno de nosotros no es como nosotros, es diferente de todos los demás». Ese estribillo, de manera curiosa, resume en parte una sensación que me acompañó durante largos años y que solo se disipó al conocer Villa de Leyva. Y se desterró para siempre cuando decidimos vivir aquí.

Tendría unos once años, poco más o menos, cuando el colegio nos trajo a

un retiro para la primera comunión. Desde entonces olvidé todos los ritos asociados con ese paso obligatorio, herencia de una religiosidad transmitida sin reflexión, como parte de una historia que aún no había madurado. Pero lo que jamás olvidé fue la sensación que tuve al llegar a este lugar.

«Lo que jamás olvidé fue la sensación que tuve al llegar a este lugar».



Mónica Rincón, Mónica y Catalina en brazos

Mis padres cuentan que, cuando me recogieron al final del retiro, estaba de muy mal humor por tener que irme y que así permanecí durante todo el viaje de regreso a Bogotá. Como si me arrancaran del sitio al que pertenecía. Según la leyenda familiar, duré brava muchos años.

La segunda vez que volví fue con mi hija. Había pasado mucho tiempo desde aquel primer encuentro. Para mí, traerla era como bautizarla en «tierra santa». Al llegar, sentí la misma emoción: algo muy profundo encontraba sosiego. Sin embargo, entre visita y visita se interponía la vida cotidiana, y no volvimos sino hasta dieciocho años después. Otra vez, con ella.

Hablar de Villa de Leyva es hablar de mi familia. Para entonces, varias estaciones de la vida ya nos habían marcado el cuerpo y la mente.

Volvimos para celebrar la vida de nuestra hija y, los tres, quedamos bajo el efecto de un sortilegio, cual tópico medieval. Desde entonces, hace ya doce años, venimos cada vez que podemos: de a dos, de a tres, con amigos, con familia. Una y otra vez, buscando sentir lo que este lugar nos transmite.

En 2018, en medio de una crisis personal que alcanzó a toda la familia, decidimos recomenzar desde cero. Pasamos dos días en una carpa en Guatavita, renunciando a toda comodidad, procurando escuchar qué necesitaba el alma. Buscábamos recordar qué movía nuestro espíritu antes de quedar atrapados en la rueda de hámster que encierra una visión pobre y domesticada del mundo, sostenida por estructuras de poder a las que no les conviene la gente de mente libre.

En medio de un temporal, desmontamos la tienda y tomamos rumbo a Villa de Leyva. En un hotel diminuto, con un cuaderno como único tesoro, empezamos a analizar nuestros pasos y nos decidimos a pasar un par de semanas aquí.

Desde ese momento —hace siete años ya—, Ráquira, Sutamarchán y, por supuesto, Villa de Leyva, junto a veredas como Ritoque, Roble Alto y Roble Bajo, nos han acogido. Hemos vivido literalmente en el Alto Ricaurte, gozándonos el campo colombiano.

«Villa de Leyva, el valle de Zaquencipá y cada lugar donde hemos amanecido en estos 2.450 días nos han renovado el alma».

Para sostenernos, abrimos una pequeña tienda de arte en la Casona Nariño, frente al Parque Nariño. Luego pasamos a un local más grande. Algunos estudiantes y colegas nos encontraron en este exilio voluntario, al que habíamos llegado huyendo de las trampas de la vida en la ciudad —incluso en los espacios universitarios y empresariales donde nos movíamos—. Ellos me animaron a volver a enseñar. Así empezamos a ofrecer experiencias para quienes nos visitaban: un «Menú para el alma», la excusa perfecta, desde el arte y la literatura, para recordarnos el valor de estar vivos.



Simón, Mónica y Catalina

A este territorio llegaron dos personas muy distintas de quienes somos hoy. Él se encargó de despojarnos de miedos, resentimientos, soberbias y otros perendengues que ni siquiera conocíamos. Por eso le debemos también un despertar espiritual, un verdadero encuentro con lo sagrado, que pasa por el perdón y conduce hacia el amor.

Recuerdo que el primer mes que pasamos aquí como familia, sin más comodidades que las de una pequeña casa amoblada con lo básico, se convirtió en uno de nuestros recuerdos más valiosos. Recuperé el olfato. La vista se alzó a noches estrelladas. Seguí la huella tímida de las luciérnagas. El sepia de las calles nos embrujó. Llegamos marchitos, pero esta tierra nos reverdeció.

Ni qué decir de la montaña. Ya estábamos enamorados de ella: de su

santuario y sus senderos. Cada caminata nos recordaba que pisábamos un suelo sagrado. Al menos yo sentía la necesidad de descalzarme para no hollarlo.

Villa de Leyva, el valle de Zaquenipá y cada lugar donde hemos amanecido en estos 2.450 días nos han renovado el alma. Incluso dejamos atrás hábitos abusivos con la comida, ese pasatiempo urbano que ofrece recompensas rápidas y toneladas de azúcar para seguir anestesiados. Mismo pasatiempo que se ofrece aquí como parque de diversiones.

Otro regalo han sido las personas. Aquí conocimos un sentido de comunidad que nunca tuvimos en más de veinte años en el mismo barrio de Bogotá. El ambiente resultó idílico y profundamente sanador.

Los domingos se volvieron miércoles a causa de nuestro trabajo. La oscuridad de la noche es cómplice del sueño profundo y no se asocia con miedo. El silencio rural, aun atravesado por el ruido de un tractor o de una radio, abre los oídos a otras dimensiones: la conversación que viene desde el otro lado de la montaña se integra a la casa y hace juego con el zumbido del refrigerador.

La ropa se orea sin recato y huele a sol. Búhos, pájaros, grillos, robles, ficus, guayabos, almendros y pinos conviven sin malos tratos. Y están los villaleyvanos y los campesinos que, al principio, se incomodan con el recién llegado, pero cuando

lo aceptan, comparten los mismos misterios que guardan las montañas.

Casi olvido lo que producen los atardeceres. Los primeros me hacían pensar que Dios mismo pintaba el cielo. Y el rojo del amanecer, o las primeras salidas del sol en Sutamarchán, nos arrancaban lágrimas de gratitud por estar vivos.

**«La ropa se orea
sin recato y huele a
sol. Búhos, pájaros,
grillos, robles, ficus,
guayabos, almendros
y pinos conviven sin
malos tratos».**

Aquí he aprendido a vivir sin mis libros, esos ejércitos que poblaron las paredes de nuestro apartamento en Bogotá. Descubrí que llegarían si los necesitaba. Conocí *La Hoja*, encontré nuevas lecturas, exploré autores que me acompañaron todo este tiempo. Las amistades nacieron sin importar la profesión o el oficio: lo que nos une es el amor por la tierra y el cuidado en el trato hacia el otro. Elegimos la vida lenta.

Claro que, en pocos años, también hemos visto llegar algunos males de la ciudad. Y ver habitantes cuyo corazón no se deja tocar por la riqueza de este lugar. Tras la pandemia, aparecieron supermercados de cadena, subieron los alquileres, como si esto fuera Mónaco, y empezamos a notar prácticas de competencia desleal.

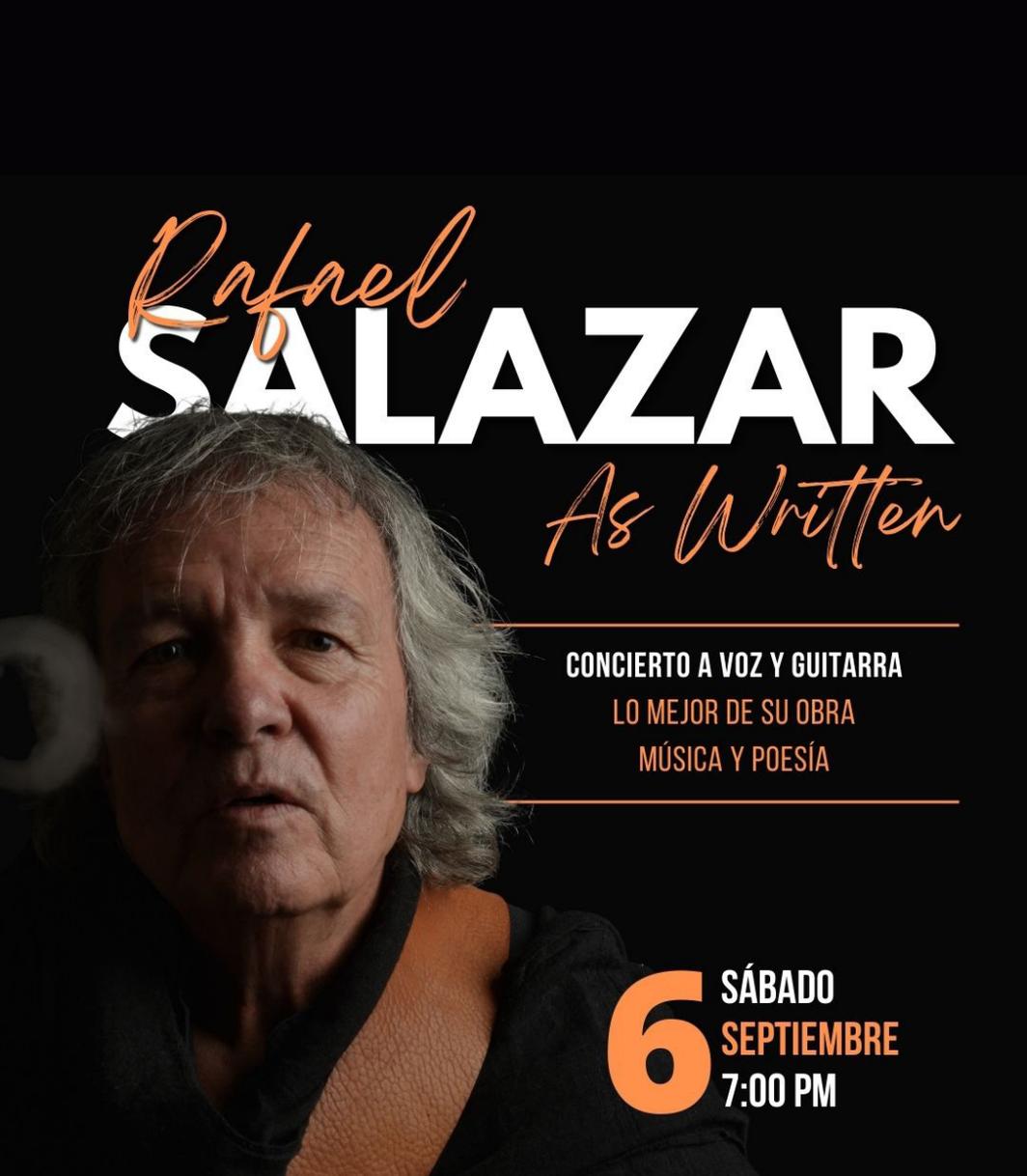
Aun así, hemos aprendido a ser pacientes. Vimos nacer una calle, a la que llegamos cuando no notaban que éramos una galería-taller, sino que nos pedían champú y aspirinas. Sabemos que este es también un lugar de paso para muchos. Y cada día recordamos lo que vinimos a experimentar: por más dicha que sintamos aquí, por más que el estribillo de la canción haya cambiado y ahora sienta que encontré mi comunidad, debemos aprender a amar sin necesitar. El exterior siempre estará sujeto a cambiar.

Somos más conscientes ahora de la mortalidad y, por eso, estamos convencidos de la importancia de aprender el arte de soltar. En esas estamos. 🌀



© Juana Mesa

Plaza del Carmen

A close-up portrait of Rafael Salazar, an older man with grey hair, looking directly at the camera. He is wearing a dark shirt with a brown strap over his shoulder.

Rafael SALAZAR

As Written

CONCIERTO A VOZ Y GUITARRA

LO MEJOR DE SU OBRA

MÚSICA Y POESÍA

6 SÁBADO
SEPTIEMBRE
7:00 PM

Relato
Librería • Centro Cultural
Villa de Leyva

Aporte: \$35.000 📞 319 530 2862

Km1 Vía Arcabuco a 200 mts de Bomberos
Al lado de Paella de Leyva * Parqueo libre

«Veronia»

*En dónde está el silencio, en dónde el río
que corre rumoroso entre qué frondas,
en dónde están las soledades hondas
que anhela así mi corazón sombrío...*
—ELÍSEO DIEGO / Desde la Eternidad

*La memoria es un hilo eterno
o un río
que no es siempre el mismo
pero nunca deja de serlo.*
—J. B.

Por Jairo Barbosa

Al morir mi abuela Anita Veronia, en mayo de 2013, un impulso irremisible me trajo a Villa de Leyva. Quería estar solo para pensar a mis anchas en ella, que no quiso despedirse.

Así era, santandereana hasta la tumba.

«Había llegado la hora de enraizar, de irme al campo, una necesidad que desde hacía varios años me rondaba».

De ese viaje me llegó en sueños una vieja foto en blanco y negro. En ella estábamos mi abuela, una tía, un primo y yo. Tendría unos ocho o nueve años.

En el encuadre de la foto cupieron también la fuente, la iglesia y lo que era la plaza en ese tiempo. Fue tomada a finales de los años sesenta del siglo pasado, probablemente por mi tío Horacio, quien en ese momento estaba vinculado al juzgado de Villa de Leyva; hacía su año de judicatura, recién se graduaba de abogado de la Universidad Libre.

Desde esas fechas Villa de Leyva me fue familiar. Se convirtió en un destino recurrente, al principio asociado a mi familia paterna y, más adelante, un refugio para ordenar los sueños. Vine muchas veces solo y también acompañado, estadias en las que el disfrute mayor era caminar y caminar.

En 1994, con los hijos pequeños, quisimos vivir un período largo e intentar radicarnos. Yo como

artesano encontré un lugar para exponer y vender las joyas que hacía. Marta, mi compañera, le apostaba a ser docente en una institución educativa. Rentamos una casa y bautizamos a Jacobo, de escasos meses, en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario; ese acto simbólico fue como una especie de cédula residencial. Pero no logramos quedarnos finalmente y ese gusto por arraigarse en la Villa de Leyva se coció en salmuera durante largos años más.

Del sueño de la foto, al otro día, me quedé en casa de Nacho, en Monte Suárez. Era el puente de madres y el martes tenía que regresar a Bogotá para intentar refrendar un contrato de trabajo con Artesanías de Colombia en Barbacoas. Me fui caminando desde donde Nacho hasta Arcabuco. Ese caminar me enamoró del

paisaje, y la vista del pueblo desde las alturas me tocó profundamente. Un par de semanas después, con el contrato firmado y antes de viajar a Barbacoas, pude volver a Arcabuco, donde un colega amigo y su mujer tenían una finca. En ese fin de semana miramos por mirar unas fincas que estaban a la venta. La tercera me gustó y bajamos al pueblo a hablar con el dueño, don Hormistas Malagón, quien no estaba, pero por teléfono la negociamos. «¿Cuánto vale? ... Le doy tanto...». Así me hice a la finca «El Roble», que luego rebauticé «Veronia», en honor a mi abuela. Sin pensarlo mucho, como quien compra de puro impulso algo que le gusta. Unos días después firmamos la promesa de compraventa. Había encontrado por fin el lugar dónde arraigar, ahora tenía dónde hacer una casa. Años después, «Veronia» se convertiría en reserva natural.





Cada lugar plantea sus propios enigmas, dispone sus retos y, sin duda, obedece a algo destinado. Al hacer los papeles de notariado en Moniquirá, descubrí que mi tatarabuela paterna era de Chitaraque... Estaba encontrando mis raíces.

«Encontré afinidades, entendí que habitar iba más allá de estar en el territorio, de tener una finca, de pagar un predial, de ser un buen ciudadano».

El contrato no duró más de nueve meses y, una vez finalizó, decidí venirme a vivir a Arcabuco, en una

casita campesina cerca del pueblo y de la finca y probar suerte.

Había llegado la hora de enraizar, de irme al campo, una necesidad que desde hacía varios años me rondaba y que, de hecho, me había llevado a salir paulatinamente de Bogotá, pues me fueron agotando sus dinámicas, sus intersticios donde anida la incertidumbre, convirtiéndola en una estancia insostenible y, a largo plazo, una idea insoportable.

Viví unos años por la Sabana, entre Tabío y Tenjo y un largo año en San Agustín, Huila. Pero me sentía de paso y no terminaba de acomodarme.

Arcabuco abrió otras conexiones, otras maneras de entender el ha-

bitar. Había comprado un bosque y tenía como frontera una rumorosa quebrada. Me resultaba extraña esa condición de propietario de un pedazo de monte del que no sabía gran cosa, solamente intuía que albergaba un mundo insondable al que me fui acercando con una inmensa curiosidad.

Conocí otros proyectos, otras gentes, las dinámicas sociales, las búsquedas, las problemáticas, y encontré afinidades, entendí que habitar iba más allá de estar en el territorio, de tener una finca, de pagar un predial, de ser un buen ciudadano.

Aparte de lo bucólico del campo, había amenazas mineras, un patrimonio ignorado, una cultura silenciada, postergada, y la única manera de contribuir a visibilizarla era vinculándose, siendo parte de la comunidad y aportando desde las experiencias vividas, los conocimientos albergados y, sobre todo, la voluntad.

Tal vez lo más importante de la decisión de vivir aquí es sentirse parte de una comunidad y parte de un ecosistema, donde cada acción, cada pensamiento inciden de una u otra manera en el entorno. ☯



¿Qué más podemos pedir?



Recogiendo café

Por Adriana Silva

Hace cerca de cuarenta años, me encontraba en Chile pasando vacaciones cuando recibí la llamada: «Te cuento que vi un lote precioso en Villa de Leyva», me dijo mi esposo Hernán, hablando por teléfono desde Colombia, acompañado de nuestros mejores amigos. Me preguntaba si estaría de acuerdo en comprarlo, era un sueño que veníamos acariciando desde hacía tiem-

po: comprar una tierra en conjunto, ver crecer a nuestros hijos y envejecer juntos. Mi respuesta fue un sí rotundo. Y así, empezó todo.

Mi mente se remontó a mi llegada a este país hacía ya varios años. Habíamos salido de un convulsionado Chile mis padres, mis seis hermanas y yo rumbo a este destino bastante desconocido para nosotros.

A mi padre le encantaba salir a recorrer los fines de semana, desde Bogotá donde vivíamos, los distintos lugares, conocer sus historias, ver paisajes diversos. Encontrábamos muy exótico que, a solo dos horas, el clima cambiara rotundamente. Así conocimos gran parte de Cundinamarca, Boyacá, Tolima y los Llanos Orientales. Nos fascinaba ver tantas culturas tan diferentes, su música, su gastronomía, su gente... Sin darnos cuenta, nos fuimos enamorando de Colombia.

«Fue un momento mágico para nosotros, todo era nuevo: colores, sabores, frutas que nunca habíamos visto».

Pero la «joya de la corona» fue Villa de Leyva.

Recuerdo que entre montañas desérticas fuimos llegando a este lugar único a tres horas de Bogotá. Nos bajamos en su enorme plaza empedrada con su iglesia como protagonista principal, enmarcada con imponentes montañas. Fuimos encontrando a nuestro paso gentes sonrientes y amables. Hombres de sombrero y ruana, mujeres de pañolón, faldas largas y alpargatas. Tuvimos la suerte de llegar el día de mercado en la plaza; toda clase de frutas, verduras, preparados y amasijos típicos. «¡Sumercé!», oíamos por doquier para ofrecernos sus productos. Fue un momento má-

gico para nosotros, todo era nuevo: colores, sabores, frutas que nunca habíamos visto.

Su arquitectura colonial nos enamoró. Balcones de madera repletos de flores, calles empedradas, tallas en madera y puertas misteriosas que al entreabrirse dejaban ver encantadoras casas con patios interiores llenos de flores, pilas de piedra y bancas invitadoras. Los colores de las casas, blancas con zócalos, ventanas y puertas verde oscuro, salpicadas de colores de las flores, especialmente buganvillas, eran verdaderas postales...

Después de tantos años, el reencuentro con Villa de Leyva no fue lo que esperaba ni lo que recordaba... Mi esposo y nuestros amigos tenían gran entusiasmo de llevarme a conocer nuestros terrenos. A medida



Con los nietos de visita

que avanzábamos por la carretera empezamos a ver una cantidad de camiones que dificultaban el tránsito, mucha gente caminando, familias campesinas que se desplazaban y la entrada al pueblo era casi imposible.

«¡Cómo ha cambiado!», pensé. Me iba a ser bastante difícil acostumbrarme a este lugar tan congestionado...

«Te prometo que no era así el día que vine a comprar nuestro terreno», me aseguraba mi esposo. Luego nos enteramos de que esas fechas eran las fiestas del Carmen. Para nuestra tranquilidad era solo una semana al año.

Nuestra familia había crecido y con mi esposo y nuestras tres hijas emprendimos la tarea de construir nuestra casa al igual que nuestros amigos y ahora vecinos.

Estábamos convencidos de que sería un sueño y así lo ha sido desde el primer día. En este rincón del mundo formamos nuestro hogar. Tenemos una casa de puertas abiertas para familia y amigos, un cafetal que nos provee un café exquisito, una casita en el árbol para nuestros nietos... y muchas cosas más.

Nuestros amigos queridos nos dejaron muy pronto víctimas de penosas enfermedades, pero sus hijos continúan siendo nuestros vecinos. No fuimos los únicos que sucumbimos al encanto villaleyvano, día a día fuimos viendo personas interesantes que llegaban a instalarse

en este lugar: escritores, músicos, historiadores, artistas, chefs o simplemente quienes querían un lugar de descanso donde sentirse a sus anchas.

El paisaje cambió. Hoy en día está lleno de casas campestres que hablan de lo atractivo de esta tierra. Como publicista, participé en la organización de festivales gastronómicos, del árbol y del viento y las cometas. Más tarde como rotaria, hemos organizado brigadas de salud en veredas, llevando computadores a escuelas y otras actividades. La magia de este lugar es que no permite aburrirse. Siempre hay algo fascinante que hacer, que conocer, que compartir, que cultivar.

«Tenemos una casa de puertas abiertas para familia y amigos, un cafetal que nos provee un café exquisito y una casita en el árbol para nuestros nietos».

Villa de Leyva tiene muchas actividades atractivas: Festival de las Luces, de Jazz, de Historia, del Árbol, del Viento y las Cometas, Gastronómico, Villa de Letras, Astronómico, entre otros muchos que atraen turismo de todas las edades.

Siempre nos hace decir: «¿Qué más podemos pedir?». ☺

De la «Ciudad de la Furia» a la bella villa

Por Ana Milena Godoy

Llegué hace un poco más de once años. Venía de Buenos Aires, seis años viviendo en la «Ciudad de la Furia», a la que amo con locura, pero ya necesitaba campo. Junto a Gonzo Arias, argentino, mi expareja y padre de mi hijo. Creo que a la pregunta de por qué vine a este territorio, podría contestar de muchas maneras diferentes, ya que hubo múltiples razones, pero voy a escoger la más mágica y misteriosa de todas. Cuando tenía 27 años y trabajaba en Bogotá como arquitecta (en este momento tengo 46), iba a consulta con un psicólogo transpersonal maravilloso que me ayudó a transformar de muchas formas mi vida.

«Nos fuimos a Argentina de nuevo, nos hicieron como trece despedidas, y a los cuatro meses estábamos aquí, de vuelta».

Un día sentado en su consultorio me hizo ver un cuadro que tenía colgado, era una escena campestre. Un riachuelo, el campo, el cie-



lo... algo muy sencillo. Él me dijo: «Mira ese cuadro y dime lo que ves, invéntate una historia». Yo le dije que me veía sentada al lado de ese riachuelo, que ahí vivía yo. Vivía en el campo. Él me preguntó a qué me dedicaba y le dije que yo vivía en ese lugar alejado de la ciudad, que daba clases, talleres y retiros a personas que querían conectar con el cuerpo, la danza y la espiritualidad. Me preguntó si vivía sola y le respondí que vivía con mi pareja. «¿Qué hace él?», me dijo, y le respondí que era músico, también muy conectado con la espiritualidad y trabajaba con ello. Al final me dijo: «Cuéntame que más pasa ahí». Y yo le respondí: «En



la casa de al lado vive mi hermano». En fin, toda esta visión dio pie a muchos procesos. Pero hoy me quiero centrar en el misterio de la vida. A mis 28 años, meses después de esa sesión con mi psicólogo, me fui a Argentina a vivir. Allí conocí a un músico con bastante búsqueda espiritual (Gonzalo, quien se convirtió más adelante en mi esposo y con quien tuve un hijo); con él nos vinimos a Villa por el sueño común de vivir al campo. Él y yo hemos trabajado muchos años en exactamente lo que describí en la visión. Y lo más curioso de todo, es que mi hermano, que vivía en Brasil, hace tres años decidió venir a vivir acá, exactamente en la casa de al lado.

Quise contar este cuento, porque podría hablar de otras cosas que me movieron a caer en este territorio, pero creo que la que más me gusta pensar es esa «cita inevitable» que ya estaba en cierta forma pactada o creada años atrás. El gran misterio mueve los hilos de la vida de una forma muy mágica, y ver, como en

este cuento, las increíbles sincronizaciones que existen y que realmente de cierta forma vamos siendo guiados por una mano invisible, me llena de confianza y alegría para seguir creando visiones y dejándome sorprender por la vida.

Habitarlo ha sido tan bello como retante. Este cuarzo gigante me ha hecho ver muchas de mis sombras, y también me ha permitido revelar mi gran potencial. Ha sido un territorio que me ha acogido con amor infinito, cuidado, mimos, amistades increíbles, una familia que no tiene igual... pero, al mismo tiempo, me ha dado duro a veces... me ha hecho doblegarme... ir a mis profundidades para conocerme... ha sido un territorio maestro, sin duda. Una vez tratamos de escapar. Nos fuimos a Argentina de nuevo, nos hicieron como trece despedidas, y a los cuatro meses estábamos aquí, de vuelta, con el rabo entre las piernas buscando casa. La bella villa ha sido y seguirá siendo, por el tiempo que sea necesario, un gran hogar. ☯

Relato

Librería • Centro Cultural

Vive las mejores **experiencias**
culturales en **Villa de Leyva**.



Librería - Conciertos - Cine - Charlas - Eventos

Km 1 vía Arcabuco: Vista a las montañas, parqueadero amplio

www.relatovilla.com  **319 530 2862**

No hay quinto malo

Por Maribel Rey Avendaño

Enamorada. Así me siento. Pero no fue a primera vista; fue poco a poco, paso a paso, despacito y con cautela.

Primer paso, el análisis de los pros y los contras, de los niveles de riesgo, de las cifras, de las proyecciones personales y profesionales. Con la racionalidad total con que se toman grandes decisiones en la vida. Así llegué a Villa de Leyva, con todo ordenado en mi cabeza, y el corazón con escudos protectores, no fuera que los sentimientos desordenaran los planes tan perfectos traídos de la capital.

«Los diálogos colectivos son una forma de intercambio social que nos deja a muchos con buen sabor en la boca».

Segundo, ver otras caras y voces, con palabras y significados que no conocía. Observar costumbres pintorescas que pasan desapercibidas cuando solo somos turistas, navegando por la superficie de todo, y desconociendo su profundidad por vivir a grandes velocidades. Sentir y aprender de malas y buenas energías; esas cosas que solo escuchaba



Maribel y Alma

en las historias de mis abuelos; en mi mente, mundos de fantasía y ficción que ahora se conversan por ahí con la normalidad con que se habla de gastronomía, lo que ayuda a pasar el susto y respetarlas.

Conocer almas, muchas almas. Unas que trabajan la tierra, otras que negocian, otras que aman el arte, otras que llegan con ilusiones y proyectos, otras que buscan reposo, otras que buscan respuestas, otras que quieren encontrar algo, que todavía no saben qué es. Algunas, tal vez, huyendo de otras etapas de la vida. Almas felices, almas de piedra y almas en pena. Todas ellas formando una amalgama de sensa-



Martes de Biodiversidad en Alma Bazar

ciones que no se encuentra en otros lugares, construyendo un ambiente que oscila entre la tranquilidad y la nostalgia, entre las ganas de hacer mucho y de no hacer nada, entre beberse la vida o dejar que la vida se lo beba a uno. Caminar despacio por las calles, dejarse sorprender por pequeñas cosas que, juntas, tocan el corazón y obligan a bajar las armas, a cuestionarse, a querer entender el porqué de las cosas y ser mejor persona. Sí, así como cuando uno está enamorado y quiere ser la mejor versión para el otro, así lo cambia a uno la bella villa.

Tercero, aquí, por fin entiendo mejor a mi país. Aquí se tiene cerca al país de la belleza y al país de la injusticia. Al país de la abundancia para unos y de la escasez para otros. Aquí, a la honestidad y la corrupción se les siente cerca la respiración. Aquí conocí, al menos en parte, cómo es que funcionan, o no funcionan, nuestras instituciones. Se tiene la oportunidad de ver

cara a cara a los protagonistas de la historia, de expresar puntos de vista, acuerdos o desacuerdos que pueden o no ser tenidos en cuenta, pero que ayudan a aliviar el espíritu al dar opiniones a diestra y siniestra.

Con seguridad en otros pequeños territorios ocurre lo mismo, pero opino que hay algo que hace una gran diferencia. Y es que en Villa de Leyva el concepto de ciudadanía es verbo, y no sustantivo. Aquí vive gente, más de la que uno se imagina, que se preocupa por construir un mundo mejor para otros, no solo para ellos mismos. Aquí pica el bicho de los deberes ciudadanos, ese que tanto promulgó José Saramago en su «Carta universal de deberes y obligaciones de los seres humanos», y que impulsó en su discurso cuando recibió el premio Nobel en 1998.

Léase bien, deberes y obligaciones. Aquí la palabra participación

se siente como un mandamiento, como una obviedad. Dan ganas de construir lo que sea, un gran proyecto o una sencilla clase de motricidad fina. Los diálogos colectivos son una forma de intercambio social que nos deja a muchos con buen sabor en la boca. Sí, así como cuando uno se enamora y sabe que la comunicación, la tolerancia y el buen uso de palabra son indispensables para entenderlo todo, y luego crecer juntos.

Cuarto, la piel se eriza frecuentemente por muchos motivos. Por ejemplo, porque el sentido de la amistad cobra una gran relevancia. Prácticamente todos tenemos por lo menos uno o dos compinches con quienes reír y llorar, algún pequeño círculo para tertulias artísticas, políticas, de negocios o para soñar despiertos en futuros posibles, como cuando fuimos menos serios y los amigos eran indispensables para las locuras de la adolescencia, y teníamos la fuerza y la rebeldía intacta, qué bueno volver a esa sensación. Se habla mucho de la vida, que nos aborda a todos de maneras tan distintas y de la que, igual que la muerte, nadie se salva. Indiscutiblemente el entorno natural y su historia tocan fibras sensibles que nos ponen a suspirar atardeceres y seguir en la búsqueda de rincones encantados. Los sentidos siempre están muy despiertos y parecemos radares de lo bello, de lo auténtico, de lo colorido, de lo nuestro, de lo que consideramos que se puede mejorar. Sí, así como cuando uno se enamora y ve todo a través de los ojos del amor, y solo considera

lo bueno de todo, del entorno, de la gente, de este territorio.

Quinto, «Todos nosotros sabemos algo, todos nosotros ignoramos algo, y por eso aprendemos siempre», dijo el gran Pablo Freire. Quiero creer en que esta es la etapa que vivimos en la encantadora Villa de Leyva, en la que comenzamos a aceptar que somos todos, los que compartimos y nos asociamos en esta tierra, los privilegiados y los responsables de que conserve su esencia. Quiero creer que la mayoría de los ciudadanos en la tierra de las amonitas estén por encima de diferencias añejas y estén dispuestos a escuchar al otro atentamente, sin prevenciones, con respeto por las viejas costumbres y con avidez de nuevos conceptos.

«Aquí aprendí que el título es lo de menos. La participación, lo de más».

Quiero creer que juntos trabajaremos para que las nuevas generaciones encuentren el sentido y el importante significado de habitar este municipio. Quiero creer que todos encontraremos la belleza de la imperfección en este nuevo momento histórico, en el que no olvidaremos nuestro pasado para poder mirar con firmeza el futuro. Sí, así como cuando el amor nos enceguece y estamos convencidos de que ahí es. Enamoradas o enamorados, vinculadas o vinculados, el título es lo de menos. La participación es lo de más. 

Un territorio que te elige

Por *Claudia Sterling*

Sí, desde que tenía nueve años soñaba con vivir en Villa de Leyva. Aún conservo una fotografía en la plaza, en frente de la Iglesia, y sé que, desde entonces, quiero vivir aquí. Y la miro y revivo esa sensación, ese deseo de estar en la villa para siempre. La respuesta, pues, se queda resonando en las calles empedradas de Villa de Leyva, un eco que viaja a través del tiempo y el espacio. No es una simple cuestión de geografía, sino de destino. Los que llegamos a Villa de Leyva no lo hacemos por casualidad. Villa, con su alma de tierra y su corazón de historia, te llama. Te elige.

«El nuevo camino que se abrió para mí en Villa de Leyva fue el camino hacia mí misma».

Mi viaje a este rincón del mundo fue una travesía. En un principio, el afán de cumplir ese sueño fue la curiosidad, el anhelo de escapar del bullicio de la ciudad, lo que me trajo aquí. Llegué buscando un respiro, un lugar donde el tiempo se moviera a un ritmo más pausado, donde el silencio fuera más profundo y las estrellas más brillantes. Lo que encontré fue mucho más que eso.



Villa de Leyva es un territorio que habla. No con palabras, sino con la sabiduría de sus muros, la melodía de sus cañadas y el murmullo de sus gentes. Con la magia. Cada piedra de sus calles, cada ladrillo de sus casonas coloniales, cuenta una historia. Y en esa historia, me encontré.

La decisión de hacer de Villa de Leyva mi hogar no fue un acto de la voluntad, sino una rendición del alma. Fue un sentimiento, una conexión visceral que creció con cada amanecer en el que el sol pintaba de dorado las montañas



El balcón del Gato

que abrazan el valle. Fue en las tardes de lluvia, cuando el olor a tierra mojada llenaba el aire y la neblina se tejía entre los tejados. Fue en los encuentros fortuitos, las conversaciones en las calles y plazas, las sonrisas genuinas de la gente. Aquí, el hogar no es solo un lugar físico, sino un estado del ser. Un sentimiento de pertenencia que te envuelve y te acoge.

En Villa de Leyva, encuentras la belleza en lo simple, en lo cotidiano. Encuentras la majestuosidad del cielo, que se despliega sobre el valle como un lienzo infinito. Encuentras la paz en la quietud de los patios interiores, el susurro del viento entre los árboles, el canto de los pájaros que anuncian el nuevo día. Encuentras una comunidad. Un tejido de personas que, al igual que yo, llegaron buscando

algo y encontraron todo. Artistas, artesanos, soñadores, pensionados, expatriados, nómadas digitales, buscadores de su propia alma, todos compartiendo un mismo espacio, construyendo un nuevo sentido de pertenencia y sacando provecho de la mejor energía del universo.

El territorio es un personaje principalísimo. Es un lugar donde la historia y la naturaleza se entrelazan. Las huellas de los dinosaurios grabadas en la piedra, las ruinas de los monasterios, las casas de la época colonial, todo convive en armonía. Es un lugar donde el pasado no es solo una memoria, sino una presencia viva que se siente en cada esquina, en cada rincón. Reitero: magia y energía puras.

«No es una simple cuestión de geografía, sino de destino. Los que llegamos a Villa de Leyva no lo hacemos por casualidad».

Así que no es exagerado decir que el nuevo camino que se abrió para mí en Villa de Leyva fue el camino hacia mí misma. Aquí, el tiempo se estira, se expande, permitiendo una introspección que la vida en la ciudad no permite. El territorio, con su vastedad y su silencio, te obliga a mirarte por dentro, a confrontar tus miedos, a abrazar tus sueños.

Dejé atrás una rutina y me reencontré con una versión de mí que no sabía que existía. El camino se abrió hacia la creatividad, hacia la conexión con la tierra, hacia la intensidad por las letras y el goce pagano y el santísimo también, la ruta hacia una vida más intencional y consciente.

Habitar Villa de Leyva es una experiencia que se devela lentamente, como una flor que se abre al sol. Cada día trae una nueva revelación, un nuevo descubrimiento. Al principio, es la fascinación por la arquitectura, la luz, el paisaje. Después, es la conexión con la gente, con sus historias, con sus tradiciones. Y, finalmente, es la integración. Es cuando empiezas a sentir que eres parte del tejido, que tu historia ya no es tuya solamente, sino que está entrelazada con la historia del lugar. Es un proceso de despojo y de construcción, de dejar ir lo que eras para convertirte en quien estás destinado a ser.

**«Cada piedra de sus
calles, cada ladrillo
de sus casonas
coloniales, cuenta
una historia. Y en
esa historia, me
encontré».**

El desarrollo de Villa de Leyva es un fenómeno fascinante. A lo largo de los años, el pueblo ha pasado de ser un rincón colonial a un destino

turístico de renombre, sin perder su esencia tranquila. Sus dinámicas sociales y económicas han evolucionado de manera orgánica, impulsadas por la llegada de nuevos habitantes y la vitalidad del turismo. La economía se ha diversificado más allá de la agricultura y las artesanías, con un auge en el sector de servicios, la hostelería, la cultura y la gastronomía.

Esta transformación ha traído consigo tanto desafíos como oportunidades. Por un lado, ha revitalizado el pueblo, creando nuevas fuentes de empleo y atrayendo inversiones. Por otro lado, ha generado tensiones entre la preservación de la identidad cultural y la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos.

La comunidad ha respondido a estos desafíos con resiliencia y creatividad. Se han formado colectivos de artistas y artesanos, se han creado iniciativas para promover el turismo sostenible y se ha fortalecido el sentido de pertenencia, la convicción de que este territorio es un tesoro que debe ser protegido y valorado.

En conclusión, Villa de Leyva es más que un destino. Es un territorio que te invita a la introspección, te desafía a ser mejor y te regala la oportunidad de escribir un nuevo capítulo en tu historia. Es un lugar donde, al final del día, la pregunta no es quién llega, sino qué te atreves a ser cuando llegas. La villa está aquí, esperándote, lista para desvelar sus secretos y para elegirte. 🌀

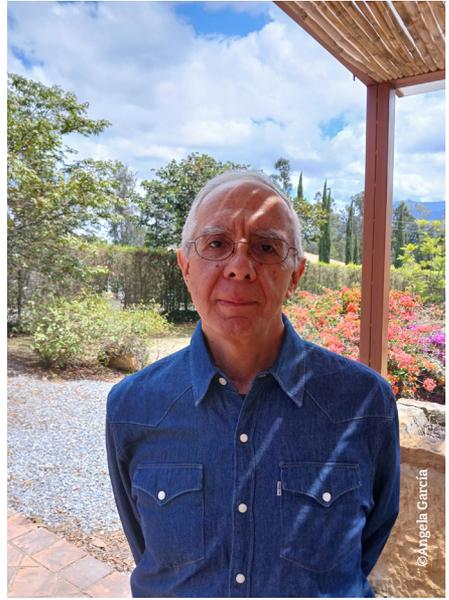
Un lugar en el mundo

Por Ricardo Rodríguez

Si algo le agradezco a Villa de Leyva es que en un momento dado me devolvió al paisaje mítico de la infancia, donde la tierra no era un lugar ajeno y extraño. A comienzos de los años ochenta de la centuria pasada, empecé a frecuentar el valle de Zaquencipa, a cuyas imponentes montañas se debe el halo protector que se siente al estar acá. El sol es un vecino que siempre tiene un gesto grato y las nubes son aves pasajeras que brindan solaz al entorno en medio de un cielo de un azul tan límpido que haría delirar al mismo Van Gogh.

«El lugar sigue cautivando por el silencio y la belleza de sus paisajes, por la presencia austera del antiguo mar en sus colinas ondulantes».

En esos años era posible caminar a campo abierto por entre las colinas vecinas sin obstáculos distintos a los naturales: quebradas, barrancos, cañones y desfiladeros, y las casas campesinas eran modestas y abiertas, con uno que otro perro guardián. Era posible caminar a campo traviesa desde Villa de Leyva hasta los monasterios de La Candelaria o



del Santo Ecce-Homo y pernoctar allí en medio del silencio más sobrecogedor.

Hoteles y posadas eran escasos en el pueblo y los restaurantes eran contados, aunque los precios así mismo eran bajos, lo que permitía que los viajeros de pocos recursos pudieran visitar la comarca y deambular por los muchos caminos que se abrían a la aventura. Jipis y artesanos eran ya habituales en el pueblo, dedicados a la bisutería, las curtiembres, la cerámica y los textiles, y se respiraba un aire de hermandad. Las colinas adyacentes estaban poco habitadas y las escasas construcciones servían de mojones para orientarse a la distancia.

Pero todo esto pasó como pasan las nubes viajeras, pues el turismo trajo oleadas de visitantes que se fascinaron con el lugar y buscaron asentarse, con el resultado de que ahora no es posible caminar libremente, a no ser por los caminos trazados, asediados a cada trecho por canes feroces. Y ni qué decir de los precios que ha alcanzado la tierra.

En esos años juveniles, yo leía con fervor a Nietzsche y creía (¡pobre de mí!) encarnar al viajero y su sombra en mi andadura solitaria, con la mochila en bandolera provista de una flauta, un libro, lápiz y papel y algunas viandas, bajo el sombrero protector y de la mano del cayado amigo. Me sentía como un pájaro libre de libre vuelo, como dice la canción.

«En esos años era posible caminar a campo abierto por entre las colinas vecinas sin obstáculos distintos a los naturales».

Pero tal vez lo que más le agradezco a Villa de Leyva es que aquí conocí a Ángela, mi esposa, de esto hace ya 31 años. Trabajaba yo en UN Radio, la emisora de la Universidad Nacional de Bogotá, que en 1994 tenía apenas dos años de creada. El Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la UN (IEPRI) cumplía por entonces un lustro de existencia y para celebrar esa fe-



Ángela y Ricardo

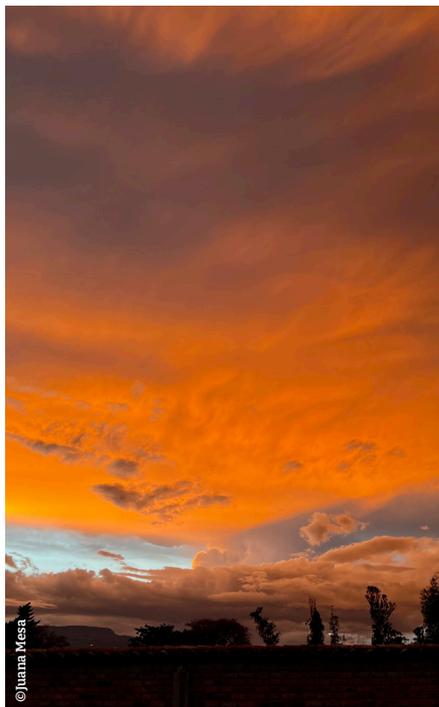
cha organizó un seminario internacional sobre economía y política en América Latina. Se escogió a Villa de Leyva para realizar este encuentro y se invitó a los medios de comunicación de la universidad para cubrir el evento. Un cupo era para el periódico y otro para la emisora, así que yo fui designado para asistir al evento, solo que tenía que grabar las conferencias y mesas redondas programadas, y para el efecto viajé con un equipo que incluía una grabadora profesional, casetes metálicos y un juego de micrófonos. Por las noches, además, junto con Jaime Zuluaga, que era el encargado por el IEPRI del programa «Análisis político» de la emisora, nos dábamos a la tarea de entrevistar a algunos de los invitados extranjeros para su espacio. Al cargar a cuestras el equipo de grabación por las escaleras del hotel Duruelo, me sentía como Nosferatu, el vampiro, cargando con su ataúd cuando cambiaba de domicilio, solo que en mejores condiciones y no al amparo de las sombras. Así conocí a Ángela, que asistía como editora de ciencias sociales de Tercer Mundo Editores, con el propósito de publi-

car las memorias del seminario. Al enterarme de que ella era editora, además de traductora, enfilé mis antenas, pues yo reseñaba libros en la emisora, y así comenzó la cosa.

En el trayecto de regreso a Bogotá, intercambiamos teléfonos y la cuestión se enrutó. Lo demás es historia, pues terminamos visitando juntos varias veces Villa de Leyva hasta que pudimos comprar una casita en el pueblo a comienzos de siglo. Y hace ocho años decidimos asentarnos por estos pagos en una casa campestre para gozar de la jubilación que, como su nombre lo indica, ha sido de júbilo en esta segunda oportunidad sobre la tierra que se ha abierto para nosotros.

Es verdad que el paisaje se ha transformado con el paso del tiempo, gracias al trabajo mancomunado de hombres y mujeres empeñados en la reforestación de un territorio con marcada vocación agrícola en el pasado, aunque en el presente es notorio el mar de plástico que involucra los cultivos de tomate y legumbres que adultera el paisaje y merma los caudales de agua.

Extraña el caminante las rutas abiertas que son ahora terrenos privados, cercados de alambradas o de muros de piedra que cierran el paso. Pero, no obstante, el lugar sigue cautivando por el silencio y la belleza de sus paisajes, por la presencia austera del antiguo mar en sus colinas ondulantes, como olas mecidas por el viento, y por un clima gentil, la mayor parte del tiempo. Hay momentos como raptos,



cuando uno se sorprende de estar habitando un lugar tan lleno de ecos del pasado y tan rico en posibilidades, además de estar animado por el entusiasmo de tantos vecinos recientes que encuentran aquí un bálsamo a la ardua experiencia urbana.

Y si todos de forma inconsciente buscamos un lugar en dónde echar raíces, el valle de Zaquencipa se erige como un faro de esperanza en los tiempos aciagos que corren. De ahí el compromiso de sus pobladores de hacer de este lugar un mundo habitable, donde broten todas las flores del pensamiento, el sentimiento y la emoción, y fructifique la labor de tantas manos empeñadas con ahínco en llenar de sentido sus vidas. ☺

La villa que me enamoró



Macizo de Iguaque

Por Chila Trujillo

Llegué por azar. Deslizándome por la columna de un dinosaurio inmenso, me sumergí hacia un valle profundo que despertaba en mi percepción un interés fascinante, un entorno completamente opuesto a mi tierra natal antioqueña con inmensas y verdes montañas peludas.

Como si se hubiera desnudado el macizo, los áridos y suaves cerros menores del valle provocaron en mí una sensación desconocida e inquietante que dolía en la piel, como un despojo ante el casi transparente verdor de los yerbajos y la escasez arbórea, que aún hoy, 29 años después, me sigue hechizando.

Llegaba de Italia y me acercaba por esa sinuosa carretera saturada de

ocres, pasteles y terracotas, verde cogollo, verde cebolla y maíz tostado, incrustada con infinitos tipos de piedras y ranchos casi invisibles, más paisaje que casa. Me invadió una sobrecogedora emoción de adentrarme en un espacio-tiempo envolvente, novedoso e intrigante para mis sentidos, rematado por un precioso pueblo blanco que intuía colmado de historias ocultas.

«Con el tiempo fui descubriendo el crisol de gentes diversas que deambulaban por plazas y sitios secretos».



Atardeciendo

La presencia fuerte de nativos, ellos con rostros cobrizos de cachetes colorados envueltos en sus ruanas y ellas en sus faldas repolludas con semblantes indígenas y poderosas trenzas, hilando lanas mientras pastoreaban sus ovejas, me resultaba fascinante.

«Joyas como dividivis y olivos, robles y pardillos hicieron de mi trabajo un deleite de descubrimientos y retos cotidianos».

En un taxi anacrónico y estéticamente absurdo para el contexto, atravesé la plaza empedrada gigante, más grande que el pueblo, en una lentitud palpitante tan inesperada que el paso de todo lo visible parecía correr hacia atrás en el tiempo, en cámara lenta.

El territorio cosido por muros de piedra y adobe, pencos e higueras, habitado siempre por cabras, ovejas y burros y vacas y mil perros criollos hermosos, con pelos desordenados que al parecer eran los más importantes habitantes, campeaban a placer por callecitas que explotaban de colores floridos en esos blancos cegados de milenarios muros encalados, barrigones, engalanados con pecas de piedras impresionantes.

Una vez en casa de Dora a los pies del macizo, descubrí su silencio profundo, impecable, los cielos reventados de estrellas en las noches oscuras y misteriosas que parecían estar tan pobladas de seres invisibles, como de pobladores nativos reales, que la escudriñaban a una sin mirarla, como si no existiera.

Todo ancestralmente nuevo para una ciudadina que venía con otras vejeces y otras bellezas de la vieja Europa en el alma.

Me enamoraron de estos lugares la amplitud intrigante del desierto y sus colores y cárcavas de piedras, los bosques de robles también viejos, la cercanía majestuosa del páramo, los escandalosos atardeceres y la sorprendente apariencia de los campos sembrados de piedras gigantes, rugosas y ranchos chuecos minúsculos, desprovistos de flores, mimetizados en los suelos terrosos. Silencio y belleza arcana, pura en su simpleza.

Con el tiempo fui descubriendo el crisol de gentes diversas que deambulaban por plazas y sitios secretos. Mucho mundo entrecruzándose en este pequeño paraíso lleno de riquezas insospechadas.

Los raizales y los vinculados, los jipis y los ricachos, los campesinos y los intelectuales, militares, políticos y aparecidos entremezclados en una estética que los desdibujaba y los unía de manera asombrosa en una cultura que por siglos aprendió a acoger las diferencias, respetándolas, pero orgullosa de su raíz sin dejarse borrar.

Una vez adaptada al territorio y sus gentes que me acogieron sin invadirme, la soledad encontró donde expandirse sin acoso. Mi ser de artista se nutrió de la materia que eran los troncos desechados, los pedazos de las carpinterías, los árboles desconocidos que llenaron de retos la talla, con sus duras maderas para mí desconocidas. Joyas como dividivis y olivos, robles y pardillos hicieron de mi trabajo un deleite de descubrimientos y retos cotidianos.

Me pasé a habitar en el desierto que me provocaba un estado espiritual maravilloso, de amplitud infinita, despojo y silencio, frente al imponente cerro de Iguaque tutelado por Bachué, la diosa madre de los muiscas. Llegaron los retos de cultivar arbolitos frutales y un pequeño huerto que aún me es difícil, en una tierra yerta, surcada por vientos tremendos y soles implacables.

Mi regalo mayor fue mi vecina, Estela, que por muy buen hado en la vida era mujer raizal y talladora, coincidencia imposible que nos unió entrañablemente y nos convirtió en hermanas de la palabra, de los siembros y de la talla, compañeras de vida, plantas, perros, largas conversas, pájaros, palos y piedras, y quien con infinita paciencia me enseñó su cultura.

**«Llegaron los
retos de cultivar
arbolitos
frutales y un
pequeño huerto
que aún me es
difícil, en una
tierra yerta».**

Fuera de la escultura y el trabajo de crear y posibilitar espacio para el arte y la cultura, mi aporte al territorio ha sido hacer conciencia de la joya ecológica, geológica, social, biológica, sitio de origen de una cultura indígena importante en el continente, que como foránea y citadina podía apreciar con aguda claridad.

Una comunidad diversísima, muy interesante culturalmente, de seres alternativos que buscan todavía valores éticos para su vida y que como un crisol cosmopolita se arraiga y nutre, se extasia o va de paso por un territorio sin igual.

**«Entre muros
encalados y
estrellas
reventadas,
encontré una
nueva forma
de ser».**

Ahora, 29 años después, añoro esa Villa y esos tiempos, pero aprecio la riqueza y cariño de sus gentes, sobre todo mujeres que como yo encontramos un nicho que nos acogió con respeto, propiciándonos explorar nuestra soledad.

Al ser ciudadina de nacimiento, no puedo dejar de resentir la conversión de ese pequeño, pacífico y silencioso pueblo blanco, en una ciudad invadida por la prepotencia de los poderosos con sus ostentosas mansiones, vacías la mayor parte del tiempo, con su exigencia y ambiciosa ocupación de cada mínimo de espacio y de silencio. Y el drástico cambio del paisaje domado por un orden desnudo y ciudadano. El progreso que duele más cuando una puede verlo crecer como un cáncer, con su ruido y exceso de pobladores turistas o migrantes, deseosos de hacer ciudades de cada uno de estos imprescindibles espacios vitales. 🌀





**Un universo de
detalles unicos**



cra. 9a n. 13 - 57
calle caliente
villa de leyva
(0987)320858

www.villadeleyvaintihuasy.com

Villa de Leyva a Villa de Letras

**Por Gustavo Mauricio García
Arenas y Lucía Moncada**

Sin siquiera estar pensando en emigrar de Bogotá, ya estamos instalados, a medias, por fuera de la ciudad. El asunto es que Villa de Leyva enamora, y mucho, así como todos los nuevos amigos y los viejos que aquí hemos ido reencontrando. El camino de bienvenida está moldeado por casas coloniales y calles empedradas, y sembrado de amistades.

«Dentro de mi maleta personal traía planes literarios y artísticos que ya se han empezado a proyectar y a dar frutos».

Cada vez que veníamos, el encanto crecía al admirar sus paisajes boyacenses, esos cielos, sus montañas, las tierras labradas de campesinos y, por último, la magia de Iguaque, «la cuna de la humanidad», en cuya falda decidimos construir nuestra casa y desde donde tenemos una vista permanente al santuario de flora y fauna.

Todo comenzó cuando empezamos a aceptar invitaciones de ami-

gos que ya estaban instalados aquí. Veíamos su alegría y su felicidad, los trazos de una vida tranquila, la facilidad para encontrar lugares que ofrecen un ambiente cultural y gastronómico de todo nuestro gusto, en fin, una existencia similar a la que llevamos en la actualidad, pero sin el ajetreo y los afanes de la capital.

Pero no se abandona una vida de trabajo perseverante de un momento a otro, como no se llega con las manos vacías a un nuevo aposento. Dentro de mi maleta personal traía planes literarios y artísticos que ya se han empezado a proyectar y a dar frutos en la región. Al poco tiempo terminaron por nombrarme como nuevo editor de nuestra revista *Conexión Zaquen-cipa*, publicación a la que propuse dar un nuevo aire y que, al parecer, ha tenido buenos resultados. Cada edición es un reto que afrontamos con mucho profesionalismo y esperamos ir mejorando en cada oportunidad.

Y estando ya inmerso en el ámbito cultural de la zona, con un par de socios noveles e inmejorables compañeros creamos un evento de gran



©GutemPhoto

Iguaque, desde el ventanal de nuestra casa

magnitud y proyección que le da mucho sentido a mi vida en la bella villa: el festival cultural de «Villa de Letras» que, como se murmura en el pueblo, «llegó para quedarse». Como pensamos hacerlo nosotros.

«El asunto es que Villa de Leyva enamora, y mucho, así como todos los nuevos amigos y los viejos que hemos ido reencontrando».

Además, mi relación con Boyacá no es reciente: los apellidos de mi padre y él mismo son boyacenses y el de mi abuela materna también.

Es decir, tengo sangre de esta tierra por ambos lados, por los García Ulloa y por el Reyes; además de mi sangre santandereana, el departamento contiguo, por mi abuelo materno, Arenas Martínez Canal. Soy vecino de estos lares desde siempre y no me siento para nada ajeno al territorio. Todos somos Colombia y habitantes de nuestra América, como anunciaba el poeta José Martí. Y aquí estamos y aquí nos quedamos.

¿Cierto, Lucía?

Así fue, así ha sido. Los amigos de distintas proveniencias, cultivados en diferentes épocas de la vida, incluida la adolescencia, nos fueron arrastrando a querer plantar con suavidad los pies en tierras villa-



Lucía y yo

leyvanas. Y no les quedó para nada difícil convencernos, desde las noches de sueño profundo, plácido; pasando por los rosados y naranjas con que los ojos se abren al amanecer; la contemplación del paisaje vegetal; el desayuno con sabores llevados a la mesa de la plaza de mercado tradicional, del mercado alternativo, de las panaderías olorosas, del maíz calentado en tiesto o de las refinadas preparaciones también locales.

Aquí, de la mano de Aurora, la mujer amante de las plantas que nos ayuda en la casa, he descubierto la magia de sembrar: ver brotar, florecer, cosechar, admirar y saborear el naranja de las mandarinas, de las uchucas y de todo lo que se cultiva.

La hermosura de las gallinas que escarban y a la vez abonan la tierra. Hacernos bajo el calistemo donde zumban las abejas.

«En ocasiones hemos celebrado nuestros cumpleaños en nuestra casa, donde Aurora y su nuera se lucen en la preparación de unos chicharrones que seducen hasta a los más vegetarianos».

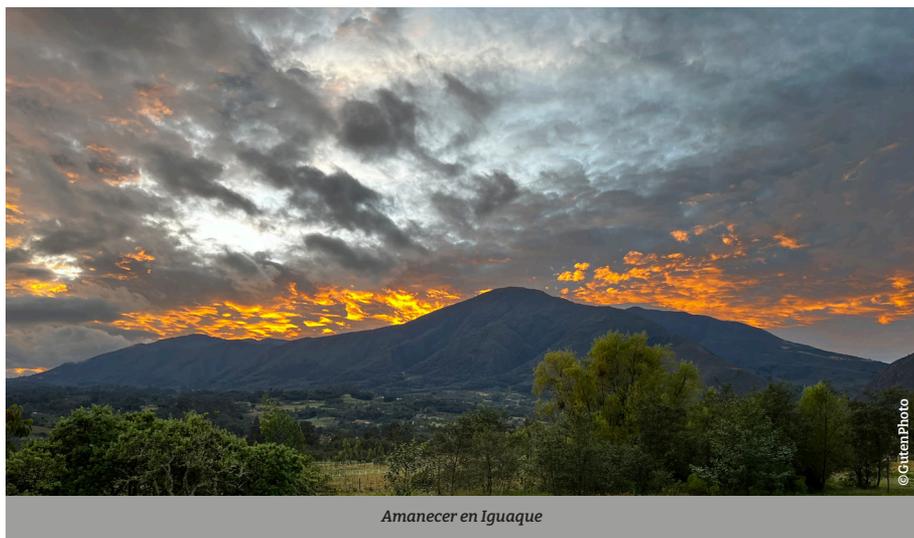
La luz, la luz, la luz de Villa de Leyva es especial. Tiñe las tejas, delinea las paredes blancas del pueblo e inunda el cielo de un azul característico. Y salir a caminar. La subida hacia Iguaque es un lujo. Los caminos verdes donde se saluda al que va pasando. Caminar por horas a ninguna parte. Seguro se atraviesa algo nuevo que merece ser contemplado. De regreso en Villa se encuentra arte en cualquier rincón; lecturas compartidas; dinosaurios, piedras raras, música.

Los almuerzos donde Carmela, las onces donde Ana María, las noches donde Jota y Claudia, las celebraciones donde Fernando. Y las tennidas de flamenco con la guitarra de Mercurio, que ocurren donde menos se piensa; las veladas en Relato y las muchas noches en otras chimeneas.

En varias ocasiones hemos celebrado con rumbas nuestros cumplea-

ños en nuestra casa, donde Aurora y su nuera se lucen en la preparación de unos chicharrones que seducen hasta a los más vegetarianos. Mi profesión de médica oftalmóloga me dio la oportunidad —con el apoyo de integrantes de La Libélula, que trabajan con niños de primaria para concientizarlos en valores, respeto por el medio ambiente y manejo de emociones— de organizar una brigada con colegas para detectar problemas visuales en las escuelas y darles solución.

Seguiremos cavando, echando nosotros mismos raíces en el lugar que nos ha dado una paz especial que no se queda quieta. Que nos ha descubierto la proximidad del alma al campo y que sigue reafirmando lo invaluable de las personas. Esos fundamentos son para andar por estos terrenos. Para el permanente viaje interior y el gozo del universo que nos trajo ella, la «maravilla de Leyva». ☯



Para venir he nacido

Por **Fernando Baena Vejarano**

Vine por lo que todos, conscientes o no, vinimos. Mi sagrada Iguaque, la que saluda mi cafecito por la mañana cuando salgo de dormir en mi alcoba; el canto de los gallos del vecino. Mis amigos, transparentes estos sí, mucho más que otros. El buen tino de mi pareja, que me haló a tiempo para abandonar Bogotá. Hacer cambuche es milagroso: érase una vez en el año 2008, una casita de dos habitaciones en obra negra. Ahora tengo dónde meditar, dónde colgar la hamaca y dónde rendirle culto a mi finita biblioteca de Babel. Me ha rendido. Ya voy para los cuarenta libros escritos — no pocos gestados aquí, rodeado de ventanales. Hypatya, nuestra gata, amodorrada en su cobija. Lila, esta perrita que nos ha enseñado el arte de la ventriloquía. Abejón el negro y Abejón el blanco, en sus puestos de vigilancia para ladrar a veces.

«Se asoma tras el muro de adobe, con timidez, el alma; esa chispa que aparece cuando ya no se la está buscando».

Condicionamiento progresivo. No pude lograrlo de un solo tiro. ¿Puede un adicto a Chapinero vivir cerca de



Fernando Baena

un pueblo empedrado, a tres pasos de un prado que si llueve se vuelve lodo? ¿Puede abandonar tres pisos, con salón de conferencias, oficinas y salones para prácticas meditativas, vivienda y un altillo? Puede, pudo. Ya no se cambia por nadie. La casa de origen, la que se impregnó de recuerdos de mi padre cachaco, con paraguas largo; donde mi madre viuda invitaba semanalmente a sus amigas a batirse a naipes en juegos de canasta, donde, frente al espejo de cristal pulido heredado de la tía materna mi hermana mayor, Gloria, se sacó la foto con el vestido de novia puesto; ¿dónde está? En un

lugar lejano, que se llama pasado. Aquí soy otro.

Esto es ruptura. La que tantos hemos querido. Despedida. La que tanto trabajo cuesta. Desapego. El que no viene a punta de maestros espirituales, sino que se aprende al ver morir tres hermanas, dos cuñados, diez tíos y una madre. Repaso: no es tan fácil vivir en el presente, porque primero tuve que pasar por mis tres estómagos vacunos el pasto regurgitado de los amores ocurridos. Lo que no pudo ser. Lo que, aunque deseábamos con desespero, no convino. La lección de los fuegos repentinos, que no dejan uniones estables. La hija que se educó con otro padre y que ahora es mi bálsamo, cuando me visita o cruzo el océano. La paciencia de la intimidad conyugal, hoy, cuando la amistad se impone al deseo y forja el amor verdadero. El éxtasis de ver película con maíz pira. La persistente ignorancia política, la esperanza en un país desvalido. La fragilidad del cuerpo.

A todo eso vine. A escribir esto para ustedes. A proponerles tertulia. A soltar. Se asoma tras el muro de adobe, con timidez, el alma; esa chispa que aparece cuando ya no se la está buscando. Por fin, tras tantas décadas. No para identificarme con lo transcurrido, sino para sentirme conmigo. Toda una vida intentándolo, pero no era suficiente con optar desde la universidad por ser un sacerdote del mar, un filósofo errático, un profesor de caminos limítrofes con las culturas de Oriente y la curiosidad por el declive de Oc-

cidente. Nueve meses en el útero de la personalidad, la supervivencia económica, las máscaras laborales, la competitividad, la polución del anonimato, la falsa oferta de placeres adictivos, el tiempo robado en trancones de tráfico, la necesidad de aplauso. ¿Romperá fuente mi madre? Nueve lecciones: *no necesitaba ser el siguiente García Márquez de Colombia para felicitarme a mí mismo por amar la palabra; *no me voy a iluminar como un buda meditando dos veces diarias, aunque sea lo mejor que hago por mí mismo a diario; *el objetivo de los cambios de vivienda no es geográfico sino principalmente psicológico, existencial; *no hay nada mejor que construir comunidad con otros que crucen los mismos umbrales del espíritu; *el turismo y la vida cultural le dan arterias a mi amado pueblo, cuya sangre no es su patrimonio sino mi propio proceso interno; *nada mejor que Villa de Leyva para apoyar desde afuera lo que ocurra adentro; *no hay como la compañía de mis propios pasos; *el gran misterio me ronda, me intriga, me bendice por todas partes y se me cuele por cada poro de mi cuerpo; *respiro en la cúspide, vivo por fin una existencia poética.

«Ya veo cómo se abre al otro lado del túnel la bienvenida del sol».

Nietzsche no pudo. Pero Carl Jung se construyó una torre para vivir estas alquimias, justo cuando vio emerger —a punta de sicoterapia,

mandalas y lecturas de Goethe— todo esto que digo. Allí lo visitaron los arquetipos de la diosa, los truenos de su propia sombra, los dragones de luna. Allí presencié el matrimonio de su femineidad interior, el ánimo, con su masculino externo. No necesitó que lo visitaran los extraterrestres, y eso me consuela. Seres de otras dimensiones supuraron de su ventrículo derecho y le entregaron una linterna para emitir colores a los lugares que recorrió en un viaje minúsculo, sin jamás necesitar salir de la frontera de su propia piel. En vez de correr a París como cualquier turista colombiano hambriento de milhojas, o de venirse a Villa de Leyva como cualquier suizo hartado de raciocinios, Jung tuvo un encuentro cercano de primer tipo con la marea pleyadiana de sus propias mitocondrias divinas. Su-

bido en ese OVNI, se internó en lo sagrado. Recorrió sus riñones, exploró como Balboa la selva de sus propios pulmones. Yo haré la misma errancia. Pediré, como un ermitaño, como las monjitas de clausura que silencian la plazoleta del Carmen, que este encierro sea expansivo, que este apartamiento del mundo me permita entregar el corazón, ofrecer la palabra, viajar por el globo entero, ver la explosión del abrazo colectivo.

Todo lo que quedó antes y afuera del valle del Ricaurte ha sido vientre, madre, preparación para lo que de verdad fui concebido, en la dureza de las nubes ciudadinas. Ya veo cómo se abre al otro lado del túnel la bienvenida del sol. Y entonces me viene la certeza: estoy listo para nacer. ☯



Jardín de los pintores, Villa de Leyva

Como sin querer queriendo

Por Ana María Echeverri

Caía la tarde cuando llegué de Bogotá a mi casa, me bajé del carro y divisé el pueblo de Villa de Leyva con la luz tenue sobre los tejados. El silencio era total y, de pronto, tuve una sensación clarísima: «Si yo no fuera yo, me daría envidia de mí...» (risas). Esta anécdota trivial muestra en una sola imagen lo que ha significado para mí habitar este territorio.

«Personas de todas las clases y colores han llegado a compartir con nosotros este valle, su energía, su paz y su silencio».

El día que conocí Villa de Leyva, hace como cincuenta años, almorzamos en un restaurante del cual tuvimos que salir corriendo por culpa de un terremoto. ¿Sería una premonición?... Pasaron varias décadas y algunos amigos se vinieron a vivir a este pueblo (en esa época, lejano y de difícil acceso) que yo empecé a frecuentar con curiosidad y entusiasmo. Tenía un «no sé qué» difícil de describir. Y vine una y otra vez y otra más... y creo que algo fue



Sirili y Ana María

calando en mi inconsciente o en mis células, sin yo darme cuenta.

Y ese «algo» afloró en 2002 cuando, con Camila Esguerra, María Alicia Ángel, Juan Manuel Esguerra y Óscar Moreno, alquilamos una casa para venir de paseo de vez en cuando. Esa casa, que bautizamos «Umbral», se convirtió en un lugar de búsqueda interior que abrimos a quienes deseaban alejarse del bullicio ciudadano por unos días. Poco a poco, los cinco terminamos vivien-



do en ella de forma permanente y compartiendo una cotidianidad que nos llenó de alegría y crecimiento durante cuatro años. Luego, cada quien siguió su rumbo. Yo conseguí un terreno en el cual el barro, la madera y la piedra se unieron para formar una casa que habito con paz y gratitud. Los días fueron pasando y mi práctica como periodista se fue espaciando, dando lugar a diferentes actividades ancladas en este territorio, como Libélula, un grupo de personas* que vuela a las escuelas veredales del municipio, hace dieciséis años, para llevar a niños y niñas juego, arte, música, cuentos, teatro y danza, destrezas que los conectan con su interior y con su entorno, propiciando su evolución, independencia, fortaleza y práctica de valores.

Pero en ese tiempo, la piquiña de la escritura resurgió en mí y nacieron dos libros: *Pioneros de la medicina alternativa* y *Yo soy yo*, que han

regado por este país mensajes de respeto, optimismo y coherencia. También la «preguntista» asomó de nuevo la cabeza, cuando Fernando Cordovez me propuso hacer una revista y nos lanzamos en esta aventura de *Conexión Zaquencipa* hace ya tres años.

Con el paso del tiempo Villa de Leyva y sus alrededores han ido creciendo bastante. Los techos de teja y las paredes blancas han modificado el paisaje rural; personas de todas las clases y colores han llegado a compartir con nosotros este valle, su energía fuerte y peculiar, su paz y su silencio. Y estas personas han traído otros sabores, otros colores, otras músicas, otros caminos, otras búsquedas y también otro teatro, otros libros y otras conversas, que enriquecen nuestro cotidiano. Hemos ido tejiendo redes entre unos y otros hasta constituir una comunidad solidaria, divertida, productiva y variada en edades, gustos, formas de pensar y de sentir. Una comunidad tan peculiar que la pregunta más difícil que existe es: ¿qué fecha es hoy? Casi nadie sabe la fecha ni el día en que vive y eso me divierte.

* *Por Libélula han pasado, durante 16 años, Jenny López, Lucía Garzón, Jorge Bolívar, María Alicia Ángel, Cecilia Parodi, Rosa Cabra, Tatiana Bernal, Olga Lucía Cortés, Martha Lucía Herrera, Silvia Carrasquilla, Stella Pérez, Ana Milena Godoy, Jorge García (Joku), Juanita Avilán, Luisa Prías, Rodrigo Pérez, Camila Duarte, Gonzalo Arias, Sabrina Escalante, Mariana Guhl, Miguel Guzmán y Sofía Gauto.* ☺

No fue amor a primera vista

Jerónimo Zornosa

Llego a Santa Sofía con mi familia después de todo el caos que dejó la pandemia. En 2021, mis papás toman la decisión de mudarse a nuestra finca, un lugar que siempre estuvo ahí pero que hasta ese momento no se había convertido en nuestra casa permanente. Seguíamos con una vida mixta, todavía asistiendo al colegio de Bogotá de manera virtual, aferrándonos un poco a lo que conocíamos. Al principio, yo lo veía como algo temporal, como un experimento raro en medio de todo lo que estaba pasando. Sin embargo, bastaron dos meses para que mis papás encontrarán un colegio en Villa de Leyva y decidieran que esa sería nuestra nueva rutina.

«Lo nuevo que se abre para mí es un proceso de autoconocimiento, un espacio para valorar la calma».

Lo que me hizo verlo como mi hogar. Al comienzo fue libertad. Para alguien que venía de vivir en la ciudad, estar rodeado de árboles, con espacio para correr, gritar o simplemente estar sin que nadie



te molestara, era un lujo. Mis antiguos amigos seguían encerrados en apartamentos de cien metros cuadrados, con ventanas que daban a otra ventana, mientras yo tenía montañas, cielo abierto y un silencio que al inicio se sentía como paz. Eso era algo que valoraba mucho, porque sentía que había escapado de una jaula invisible.

En este territorio encontré un mundo completamente distinto. Por un lado, estaba la belleza del campo, los atardeceres interminables, el olor a tierra, el aire puro que pare-



cía limpiar todo. Pero también encontré limitaciones que no conocía. El internet era carísimo y apenas servía para lo básico. La luz se iba sin previo aviso y el agua de la laguna traía consigo problemas que no habíamos imaginado: duchas dañadas, ropa que se desgastaba en cuestión de semanas y una lavadora que parecía rendirse cada vez más rápido. Encontré un ritmo de vida que iba de la casa al colegio y del colegio a la casa, sin muchas variaciones. Al principio no me importaba, pero con el tiempo esas limitaciones empezaron a pesar.

¿Quién llega realmente a este lugar? Llego yo, pero no solo físicamente,

sino con todas mis versiones. El niño que ve todo como una aventura, el adolescente que empieza a cuestionar si está perdiéndose algo, y la persona que, aunque no lo quiera admitir, necesita más de lo que pensaba. Llega mi familia, cada uno con su propia forma de adaptarse. Algunos lo ven como un refugio, otros como una etapa. Llego con mis ideas de lo que quiero ser, con mi cabeza todavía llena de imágenes de una vida en la ciudad, y con las ganas de que ese «sueño americano» no se me escape.

Lo nuevo que se abre para mí es un proceso de autoconocimiento que no esperaba. Vivir en un lugar así me hace darme cuenta de que la vida que idealizaba no siempre es la que te toca vivir, y que eso no es necesariamente malo. Se me abre un espacio para valorar la calma, para aprender a ocuparme con lo que

**«He aprendido
que habitar un
lugar no es solo
vivir en él, sino
dejar que te
transforme, que
te rete».**

tengo a mano, para entender que no todo se trata de fiestas, grandes grupos de amigos o centros comerciales. Pero también se abre una lucha interna, una necesidad de no conformarme, de seguir buscando algo más. Esa mezcla entre querer quedarme y querer salir es lo que me acompaña todo este tiempo.

La experiencia de habitarlo se ha revelado como un proceso de montaña rusa. Al inicio es emoción y novedad, después es inconformidad y hasta rechazo. Luego, cuando crees que no puedes más, llegan esos momentos que te hacen quedarte: una tarde de risas con amigos, una caminata por el campo, una conversación con alguien que te entiende. He aprendido que habitar un lugar no es solo vivir en él, sino dejar que te transforme, que te rete y que te saque de tu zona de confort. Me ha enseñado a ser paciente, a improvisar cuando algo falla y a disfrutar lo que antes daba por hecho.

«Al principio me costó adaptarme, pero pronto empecé a disfrutarlo. Hice muchísimos amigos, y hasta me enamoré».

El territorio mismo ha cambiado en estos años. Santa Sofía sigue siendo un lugar tranquilo, pero poco a poco han aparecido más casas, más personas buscando lo que nosotros encontramos al principio: un escape. Las dinámicas sociales siguen siendo reducidas, casi toda gira en torno a la plaza, la iglesia y algunos negocios pequeños. Económicamente no hay un gran movimiento, la mayoría de la gente vive de la agricultura, el turismo o pequeños comercios. No es un lugar donde todo pase rápido, aquí las cosas se mueven a un ritmo distinto, uno que puede desesperarte si vienes



de la ciudad, pero que también puede enseñarte mucho si decides adaptarte.

En medio de todo eso, yo también me he transformado. Pasé de no darle importancia a la ropa que usaba a preocuparme por no tener algo que considerara «estético». De no pensar en fiestas ni en besos a sentir que me estaba perdiendo de experiencias que para otros eran normales. Llegó un punto en el que empecé a odiar mi vida en Santa Sofía, a ver todo como una especie de cárcel disfrazada de paisaje bonito. Fue entonces cuando propuse a mis papás irme a vivir a Tabio con mis tíos, buscando una vida más



cercana a la ciudad. Ellos no aceptaron, y aunque eso me frustró, con el tiempo entendí que esa negativa me llevó a cosas que no hubiera vivido de otra forma.

El golpe más duro llegó en 2024, cuando enfermé y tuve un colapso casi completo del pulmón. La poca capacidad hospitalaria de Villa de Leyva me hizo ver lo vulnerable que era vivir lejos de todo. Mis papás empezaron a considerar que estuviera más cerca de la ciudad, y probé varios colegios en Bogotá. Sin embargo, ninguno me convenció del todo. Y aunque me costó admi-

tirlo, volver a Villa después de estar en Bogotá, me daba una sensación extraña de alivio.

El verdadero cambio llegó cuando todos mis amigos decidieron irse al colegio Nueva Era, en el pueblo. Sin pensarlo demasiado, les dije a mis papás que yo también quería entrar. Fue un cambio radical: de un ambiente reducido y controlado, pasé a un colegio con más gente, más actividades y un entorno más social. Al principio me costó adaptarme, pero pronto empecé a disfrutarlo. Hice muchísimos amigos, empecé a salir más y hasta me enamoré. Fue entonces cuando me di cuenta de que vivir en este lugar no había sido un error, sino un proceso de adaptación que me llevó a una vida más personal y auténtica.

Hoy, en 2025, puedo decir que la historia no fue de amor a primera vista, sino de paciencia y construcción. El territorio me ha enseñado a vivir con menos, a encontrar valor en lo pequeño y a no dar por sentado lo que tengo. Las dinámicas sociales aquí no son las de una gran ciudad, pero hay comunidad. La economía no es explosiva, pero hay gente que sabe vivir de lo que la tierra y el turismo ofrecen. Santa Sofía y Villa de Leyva no son perfectos, pero juntos han formado un escenario que me ha visto crecer, equivocarme y aprender. Y aunque todavía guardo esa parte de mí que sueña con la ciudad, ahora sé que mi historia aquí no ha sido una pérdida de tiempo, sino una inversión en la persona que estoy llegando a ser. 🌀

Restauradora de la montaña y caminante de esperanzas

...y se abren las mañanas tejidas de sueños.

—WILLIAM OSPINA

Por Rosa Suárez Prieto

En la vereda Sipirra del resguardo indígena embera chamí Caña Momo y Loma Prieta, del municipio de Riosucio, Caldas, nació Rosa Lía Largo. Desde muy temprana edad la invadió la curiosidad. Todo a su alrededor era digno de observar; sus ojos miraban, exploraban y despertaban en ella esa capacidad del asombro, que aún la acompañan, generándole una cadena, casi que infinita, de preguntas.

Su sensibilidad por la vida animal también la caracteriza y así lo expresa: «Soy vegetariana desde los cuatro años, porque no me parecía bien que les quitaran la vida a los animales para comérselos. Era la única que hacía eso en mi pueblo y me miraban raro; pero aprendí algo en la vida, que me enseñó mi papá, mi padrino y todos en mi comunidad, y es que uno debe ser auténtico, que las personas deben mostrar lo que sienten y decir lo que sienten, porque así uno está en paz consigo mismo».



El mundo de las plantas igualmente la cautivó. «Me parecía algo mágico que, de una cosita chiquita, de esa semilla, saliera un árbol; pues era increíble. Que la Luna llena, que la menguante, que cómo era. Siempre estaba preguntando y era desesperante para ellos, porque no siem-

pre tenían respuestas». Su mundo y universo se ampliaron, gracias a la maestra Mila, quien tenía en su casa una gran enciclopedia que la encantó y se la leyó con gran pasión e inmensos deseos de seguir indagando todo aquello que la rodeaba.

Siempre tuvo el apoyo y acompañamiento de la comunidad. Siendo muy niña, con sus hermanos quedan huérfanos y su padrino asume la paternidad. «Me crie muy bien porque toda la gente estaba muy pendiente de nosotros, porque era la primera vez que había niños huérfanos; eso no existía antes en la comunidad y pues nos querían mucho, y eso, creo yo, que es fundamental en una infancia, sentirse uno amado, sentirse uno protegido, sentirse querido y sentir que es escuchado y valorado. Creo que soy así porque me crie allá».

Años después, se une como misionera a la comunidad de la Madre Laura y, gracias a esa labor, recorre gran parte del territorio colombiano, durante cinco años en los que perteneció a ella. «Eso me ayudó mucho porque aprendí de comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes, con indígenas nasa, ingas, misak, motilonés, wayúu, en muchas partes de Colombia».

De su comunidad embera chamí y de estos pueblos ancestrales, también aprendió y grabó en el alma, el saber escuchar las voces de la naturaleza, los sonidos de la tierra convertidos en palabras que provienen de la tierra de origen como una

gran fuerza espiritual del cuidado de la vida. Que todo lo existente posee sus propias formas de ser, estar y existir. La planta tiene su propio sentir, abre el camino; la montaña es creadora de vida, lugar de tranquilidad; el agua es fertilidad; el viento nos habla; todos están allí, presentes y nos acompañan.

Su mundo y universo se ampliaron, gracias a la maestra Mila, quien tenía en su casa una gran enciclopedia que la encantó.

En ese trasegar llega al Valle de Zaquencipa, ya no como misionera sino como persona comprometida con la naturaleza. En Ráquira y Tinjacá estuvo antes de establecerse en Villa de Leyva, y se quedó porque «me había especializado en trabajo con niños y no había casi parques ni actividades para los niños. Entonces empecé a organizar caminatas ecológicas, vacaciones recreativas, talleres; trabajé en dos colegios. Además, en el 2003 hubo un gran incendio y desde entonces empezamos a restaurar la montaña. Creamos la asociación Grupo Educativo Ambiental – GEA, que en la actualidad sigue. Hicimos muchas actividades de limpieza de quebradas, mensajes positivos en el camino al Santo; funcionó porque la basura es menos». Todo ello acompañado de una labor pedagógica, gracias a un programa radial de media hora

que se emitía los martes y jueves en la emisora Villa de Leyva Stereo durante doce años continuos.

Inicia la restauración asistida voluntariamente desde hace veintidós años, en la zona de Potreritos, mejor conocida como El Santo, la Antena y el camino a Chíquiza; son unas veinte hectáreas, con un método ancestral que aprendió de los embera chamí de Sicuedó, de Pueblo Rico, Risaralda: «Fueron desplazados del Chocó y les dieron unas tierras que habían vuelto nada los colonos; la selva la volvieron pastizales y ellos en menos de diez años la volvieron otra vez selva. Doy gracias porque aprendí su método y es lo que he venido haciendo acá con compromiso y dedicación con la montaña». Igualmente aprendió de una sabedora mayor nasa a hacer nacederos de agua con un to-tumo. No fue tan fácil; requirió de paciencia y a los cuatro años brotó. Esa zona mantiene su humedad: «Ya empezaron a llegar mariposas alas de cristal, pájaros que traen semillas de árboles. Se ve el nacimiento que corre, la humedad, las plantas vivas como el bore, que necesita mucha agua y allí están sembrados».

La montaña es creadora de vida, lugar de tranquilidad

En el cerro San Marcos los incendios eran frecuentes. En septiembre de 2009 muere Nelson Iván Castañeda Isaza tratando de apagar uno de

ellos; era miembro voluntario de la Defensa Civil de Chiquinquirá y en septiembre de 2017 decide honrar su memoria denominando el sendero ecológico con su nombre. “Uno debe recordar la historia para no repetirla. Es un llamado al cuidado de la naturaleza y a la prevención”.

El método de restauración asistida consiste en la siembra y cuidado de hierbas, arbustos y árboles nativos. Se retiran las hojas de los pinos para restaurar los suelos: “Empiezan a salir los musgos, hongos, micro organismos, meso organismos y animalitos como arañas, hormigas, lombrices, todos estos seres. Luego se siembran plantas rastreras de cobertura como la suela con suelda, que cubren y ayudan a retener suelo y humedad. Luego se siembran arbustos como los hayuelos y después árboles como el roble. Requieren cuidado y seguimiento. Por eso es un proceso sucesional de restauración asistida”.

Por toda esta trayectoria y su liderazgo, como un reconocimiento fue nominada en el año 2011 al premio nacional de La Mujer Cafam en representación del Departamento de Boyacá y en 2017 al premio Mujeres de Éxito en la categoría de Emprendimientos Rurales y Conservación Ambiental, quedando en segundo lugar. Actualmente el método de restauración está nominado por tercera vez a la convocatoria The Earthshot Prize.

Muchas son las reflexiones que me quedan después de ésta conversación con Rosa Lía y no puedo evitar

el recordar las sabias palabras del jefe indio Seattle de la tribu Suwamish en su carta dirigida al Gran Jefe blanco Franklin Pierce: "... Yo me pregunto: ¿Qué queda de la vida, si el hombre no puede escuchar el hermoso grito del pájaro nocturno, o el argumento de las ranas alrededor de un lago al atardecer? El indio prefiere el suave sonido del viento cabalgando sobre la superficie de un lago y, el olor del mismo viento lavado por la lluvia del medio día o impregnado por la fragancia de los pinos. El aire es valioso para el Piel Roja. Porque todas las cosas comparten la misma respiración, las bestias, los árboles y el hombre".

Nos queda el ejemplo del compromiso, la convicción, la esperanza y, ante todo: "La constancia con la montaña. La naturaleza es un todo y cada parte tiene su particularidad que hay que entender y saber escuchar. Si algo aprendí de mi papá, fue la paciencia y eso lo llevo siempre y, ante todo, la importancia de la perseverancia para seguir perseverando". ☯



Villa de Leyva, un punto de encuentro de almas



Santo

Por Isabella Recio Calero

Hoy me sorprendí caminando por las montañas que hay alrededor de Villa de Leyva, en las cercanías de la famosa subida al Santo, el monumento tutelar del entorno escarpado de la bella villa.

Desde allá arriba, tienes a la vista el admirable paisaje de la provincia del Alto Ricaurte y su valle de Zaquencipa. No subí para saborearlo una vez más, tenía un propósito: ubicar nuevamente el punto en el que esparcí las cenizas de mi madre, Blanca Isabel Calero, doce años atrás. Fue su mandato expreso. Hoy, como entonces, comprendí por qué eligió este paraje como su última

morada, aunque se encuentra a 612 km de la Cali que amaba y la vio nacer. Era caleña por convicción, pero villaleyvana de corazón, y fue una decisión lúcida que tomó un día cualquiera desde su silla de ruedas, cuando comenzó a sospechar su partida. Siempre fue su lugar favorito para meditar. Desde lo alto de un cerro y con Villa de Leyva a la vista. Un día, saboreando un vino tinto, su licor favorito, le escuché que quería formar parte de este entorno.

Sentada en el mismo sitio que ella, entendí mejor por qué se enamoró el día menos pensado de Villa y me enamoró a mí, al igual que a

mis hermanos. Precisamente ese recuerdo me hizo regresar y terminé radicándome hace casi dos años. Ahora, más que nunca, me considero una Villa *lover*, una «vinculada», como llaman a los que vivimos, pero que no nacimos aquí.

«Al volver, no solo encontré a Villa en continua expansión. También ha sido un reencuentro con almas entrañables que conocí en mi juventud».

Mis pensamientos me llevaron a una de las pautas trazadas por nuestro director, Fernando Cordovez, para los escritos con los que quería celebrar el número 35 de *Conexión Zaquenzipa*. Las planteó en forma de preguntas y la primera de ellas debía responder lo que nos trajo a este territorio. La respuesta es solo una: el legado de mi madre y su amor incomparable por Villa de Leyva.

La bella villa de hoy

Al volver, no solo encontré a Villa de Leyva en continua expansión a plena vista. También ha sido un reencuentro permanente con almas entrañables para mi madre, a las que conocí en mi juventud y que hoy disfruto rescatando recuerdos de entonces.

Increíble que hoy la región haya sobrepasado los veinte mil habitantes. Son inequívocas las señales de de-

sarrollo y pujanza por donde quiera que pasemos. Las más dicientes están a la vista en cada cuadra de los sectores comerciales: proliferan las ferreterías, los talleres de carpintería, los negocios de materiales de construcción, al igual que las panaderías, cafeterías y almacenes de ropa que abastecen a su creciente población. Y qué decir del aumento ruidoso de vehículos de todo tipo, de todas las gamas y edades que recorren sus pocas calles no empedradas.

Es innegable que Villa se expande a pasos agigantados y, con ella, la remodelación y habilitación de viviendas que, afortunadamente, conservan el estilo arquitectónico reconocido en Colombia y buena parte del mundo que, entre otras, le ha merecido su declaración como «monumento nacional». Siempre rodeada de una vegetación exuberante y coloridas flores sobre los muros impecablemente blancos que la asemejan a las villas sacadas de los cuentos de hadas. Una villa patrimonio histórico y cultural por toda la historia que deambula entre sus callecitas empedradas, así como por su nutrida agenda anual de festivales, como el Astronómico, el de las Luces, el de Villa de Letras, el de las Cometas y otros más.

Esta es una población cargada de una energía propia, mágica si se quiere, que de una u otra forma recarga sus baterías y las de sus habitantes. Su clima es singular, a causa de las montañas circundantes, y el desierto cercano crean un micro-sistema cuando sus influjos físicos

se encuentran en el aire. A veces nos afectan para bien, y otras, no tanto, a los habitantes y a la misma naturaleza.

Retazos de historia

Bautizada originalmente como la Villa de Santa María de Leyva por Hernán Suárez de Villalobos, bajo la orden de Andrés Díaz Venero de Leyva. No en vano fue concebida como lugar de descanso para soldados españoles y diferentes personajes ilustres que la convirtieron al poco tiempo en centro agrícola de la región, en donde el trigo era la base de todo. Sigue siéndolo en la alimentación villaleyvana y es uno de los ejes de la vida de sus habitantes.

Como sea, la esencia de Villa es la misma que yo atesoraba en mis recuerdos. Gracias a ella he creado lazos fuertes de amistad y me he reencontrado con mis ganas de escribir.

Cómo me gustaría servirle un vino tinto a Blanca Isabel, ahora con mi nuevo oficio en desarrollo como encargada de los vinos de la casona comercial La Guaca, organizada al interior de una vivienda con más de 450 años de historia.

Creo que renací de mis cenizas, como se dice popularmente; siento que en esta cava tengo la oportunidad única de conocer gente nueva todos los días, de muchas partes del mundo. Y soy feliz: me gusta lo que he aprendido del «arte» de los vinos, de maridajes, de las distintas



y ricas cepas; de atención al cliente y, sobre todo eso, del amor que me despierta por lo nuestro.

Mi vida cambió desde que me mudé aquí, curé heridas recientes y otras que apenas cicatrizaban. Por encima de todo lo mencionado, aquí reposan las cenizas de mi madre y mi hermana Juliana.

Ya no me quedan dudas de que mi vida pasa lenta y gratamente. Siento que mi corazón quiere latir de nuevo al son de la carranga, la sopa dulce o las tortas de la merienda campesina.

No hay como sentarse en un taburete en la plaza del mercado alternativo y saborear un café con los amigos cultivados a golpes «de sol y de agua», como escribiera Joan Manuel Serrat.

Definitivamente, para mí es y será un punto de encuentro de almas, como dicen de la villa que ahora es mi hogar. ☺

El dilema de la novela Lactar: qué hacer con la vida

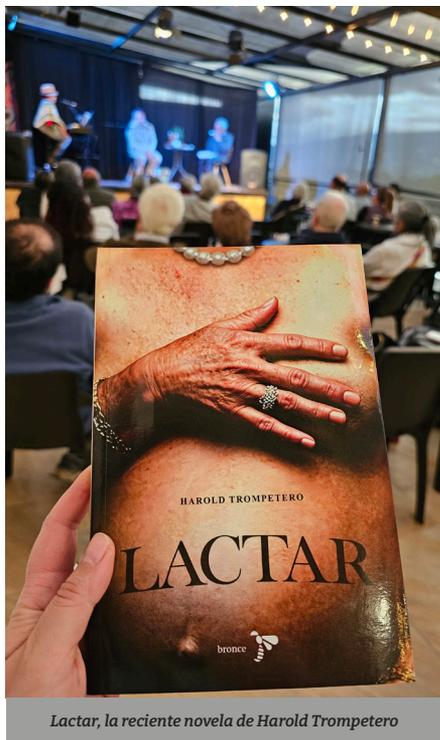
Por Darío Restrepo Vélez

El autor Harold Trompetero (Bogotá, 1971) es un hombre de singulares contradicciones en su vida y en su obra.

Es profesional universitario de Publicidad y de Comunicación Social y ha ejercido ambos oficios con éxito, tanto que en 2000 fue galardonado con el «León de Oro» en el Festival de Cannes de Publicidad. Pero su mayor reputación y su reconocimiento público vienen de su condición de cineasta y ahora de su oficio de escritor de ficción.

Trompetero guarda una línea temática que se asoma con crudeza al miedo y a la desesperación del ser humano.

Los personajes que transitan por su obra son, en su gran mayoría, figuras disruptivas al borde del colapso vital, cooptadas en muchos casos por la droga o la bebida. Pero él es



Lactar, la reciente novela de Harold Trompetero

abstemio y es imposible convencerlo de tan solo una copa de vino. Por lo general, los héroes y heroínas de sus películas más destacadas son urbanos, atrapados en la selva cosmopolita de cemento, como Nueva York, donde vivió un tiempo, y víctimas sin remedio del estrés, la confusión vivencial y la locura, al borde del suicidio. Pero él vive reti-

rado en el campo, en las colinas de La Calera que bordean la sabana de Bogotá, con aire puro y sin mundanal ruido a su alrededor.

Dentro de los veinte largometrajes que ha dirigido, hay algunas películas estrictamente populares —como *Paseo 1* y *Paseo 2*—, sin pretensiones intelectuales, con el único objetivo de divertir y hacer reír a un público que goza viéndose retratado en su simpleza y en su liviandad. Pero, al mismo tiempo, ha estado al frente de dramas fogosos —como *Violeta de mil colores* y *Riverside*—, llamadas de infierno existencial que interpelan a la misma razón de vivir.

Tanto en sus películas dramáticas como en algunas de sus cinco novelas publicadas, las figuras que las pueblan lloran sin pudor ante la

realidad. Él también llora, y más a menudo de lo que uno imaginaría. Pero ha hecho de su risa estruendosa una identidad, hasta el punto de que en algunos restaurantes de la burguesía bogotana —intolerantes, como seguramente algunos de sus clientes— le han prohibido la entrada por la estridencia de su carcajada.

Hace unas semanas, Harold Trompetero pasó por Villa de Leyva y dejó aquí su impronta combinada de talento, sencillez y buen humor. Vino a presentar su más reciente creación literaria, la novela *Lactar*, que trata de un drama que retrata la tragedia familiar y social que se repite a diario en nuestras sociedades al vaivén de la avidez del dinero, los prejuicios sociales, las barreras culturales y los mitos religiosos.

Los personajes que transitan por su obra son figuras disruptivas al borde del colapso vital.

Es la historia —a caballo entre la realidad y la ficción— de una mujer de 68 años, amargada con su existencia, que vive en una jaula de oro, colmada de privilegios económicos y sociales, pero vacía de amor. Con unos hijos ya mayores, enfrascados cada uno en los delirios de su propio sino, y un marido ausente, rehén del dinero y sus negocios, que la invisibiliza a cada instante con su



Harold Trompetero en Relato

desdén. «Qué hacer con la vida», se pregunta la mujer, pero como no encuentra respuestas, la llena de oficios excéntricos para su índole social y la extravía en un intempestivo amor clandestino que se corona de espinas con un insospechado embarazo. En esa pregunta está la almendra de la historia.

La trama de la novela no solo plantea una calamidad al borde de lo fatídico, sino también un melodrama fisiológico y una duda científica. ¿Puede una mujer de 68 años quedar embarazada y tener un bebé? Casos extremos y muy escasos se han dado en el mundo, y Trompetero los estudió para edulcorar su ficción o para saciar su curiosidad, pero no se los cuenta al lector de *Lactar*.

Tanto en sus películas dramáticas como en algunas de sus cinco novelas publicadas, las figuras que las pueblan lloran sin pudor ante la realidad.

Como suele ocurrir con la literatura, el escritor confiesa que la historia nace de una experiencia personal: la revelación de que su empleada doméstica, en algún momento de su vida, era una mujer de alta clase social que, por aburrimiento y por rebelarse contra su destino, se ofrecía como criada. Sin embargo,

los episodios culminantes y los hitos de su narración —advierte el autor— son pura ficción.

Si colocamos a un lado los rodajes populares y humorísticos, el trabajo fílmico y escrito de Trompetero guarda una línea temática que se asoma con crudeza al miedo y a la desesperación del ser humano. Refleja la agonía cotidiana del mundo que vivimos, colmado de estrés, presiones sociales, obligaciones familiares, ansiedades económicas. Sus principales protagonistas son figuras caóticas, impotentes y solas que, como en su novela *Espiral*, gritan: «Tengo miedo de abandonar lo que odio». Y es, de la misma manera, lo que explica la pregunta de Victoria, la protagonista de *Lactar*: «Qué hacer con la vida».

La pieza literaria no se libra con facilidad de la mano del cineasta, y por eso *Lactar* está confeccionada en cápsulas, capítulos muy cortos, como la edición cuadro a cuadro de una película, pero su aliento no se corta y la sucesión del relato engancha al lector. El lenguaje es sencillo, no hay malabares literarios ni aventuras metafóricas, y eso la convierte en una narración vertiginosa, muy fácil de leer en dos sentadas.

No es extraño, por tanto, que Trompetero ya tenga firme la decisión de llevarla al cine. Casi nunca las obras literarias encajan o deleitan tanto en la pantalla como en el papel. Falta ver qué pasa cuando la criatura tiene al mismo padre en ambos formatos, como en el caso de *Lactar*. Ya veremos. 🌀



Trompetero en conversación con Darío Restrepo

EL COLEGIO DEL CUERPO EN VILLA DE LEYVA

COMPAÑIA CUERPO DE INDIAS

Directores Álvaro Restrepo y Marie France Delieuvin



📍 Claustro de San Francisco

Viernes 3 de Octubre 2025

- Taller con estudiantes de escuelas de veredas

Hora: 10:00 a.m -12:30 p.m

- Conferencia danzada I

Hora: 4:00 p.m.

Sábado 4 de Octubre 2025

- Conferencia danzada II

Hora: 3:30 p.m.

- Presentación de la Compañía Cuerpo de Indias

Hora: 8:00 p.m

📍 Museo Antonio Nariño – Plaza de mercado

Sábado 4 de Octubre 2025

- Itinerario urbano (solos, dúos y tríos en distintos puntos del pueblo)

Hora: 10:30-11:30 a.m.

Entrada gratuita en toda la programación